

Miguel León-Portilla

*La California mexicana*  
*Ensayos acerca de su historia*

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Universidad Autónoma de Baja California  
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## SEGUNDA PARTE

# LENGUAS Y CULTURAS INDÍGENAS



## LOS PRIMEROS CALIFORNIOS: PREHISTORIA Y ETNOHISTORIA\*

Toda indagación acerca de los orígenes, lenguas y culturas de los habitantes indígenas de la península de California —los que se conocieron en un principio como “los californios”— debe fundamentarse en los hallazgos de la arqueología, así como en los testimonios etnohistóricos existentes. Hemos de reconocer, sin embargo, que las investigaciones llevadas a cabo hasta ahora, tanto en busca de vestigios materiales como con un adecuado enfoque etnohistórico, son bastante limitadas. A pesar de ello, acudiendo precisamente a las fuentes al alcance, puede intentarse un acercamiento a las formas de cultura de esos primeros pobladores en diversos momentos de su desarrollo.

Un primer momento es el de los orígenes o entrada en la península de sus más tempranos habitantes. Sigue luego el largo periodo, probablemente de varios milenios, en el que se configuran algunas diferencias culturales, de las que dan testimonio los limitados trabajos arqueológicos realizados en el vasto territorio peninsular. Una tercera etapa se inicia a partir del momento de los primeros contactos entre aborígenes californianos y exploradores españoles en el siglo XVI. Las noticias que proporcionan navegantes, pescadores de perlas y otros, son anticipo de la mucho más copiosa serie de testimonios que, sobre las formas de vida indígena, dejan luego los misioneros, sobre todo los jesuitas y en menor grado los franciscanos y dominicos. A la acelerada disminución de los indígenas, producida a lo largo del periodo misional, sigue una precaria supervivencia de unos cuantos grupos pequeños. Acerca de ellos hablan testimonios de más reciente obtención, debidos a investigaciones etnológicas y etnolingüísticas en algunos lugares del norte de Baja California.

### ORÍGENES DE LOS GRUPOS INDÍGENAS: VESTIGIOS E HIPÓTESIS

Se acepta generalmente que los primeros habitantes de la península entraron en ella, en grupos distintos, a partir por lo menos de 10 000 a.C.

\* Publicado en: David Piñera Ramírez (coord.), *Panorama histórico de Baja California*, Tijuana, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, 1983, pp. 15-45.

Los principales vestigios, de posible fechamiento, están constituidos por algunos concheros situados en las inmediaciones de las costas del litoral septentrional del océano Pacífico. En esos depósitos prehistóricos de conchas, con restos orgánicos acumulados en montículos por quienes se alimentaban con productos del mar, es posible distinguir, al modo de otras investigaciones arqueológicas, diversos estratos superpuestos. Entre los sitios explorados y de los que proceden vestigios sometidos a la prueba del carbono 14 radioactivo, pueden mencionarse los siguientes: los concheros de Punta Minutas, en 31°, 18', 50", con materiales de la antigüedad de  $7\ 020 \pm 260$ ; los de bahía de los Angeles,  $6\ 100 \pm 260$ ; Punta Cabras,  $6\ 400 \pm 200$  y bahía de San Quintín,  $6\ 165 \pm 250$ .

Existen asimismo, otros hallazgos de particular interés para conocer, hasta donde es posible, los orígenes de los más antiguos pobladores y asimismo los niveles de cultura que tenían al penetrar en la península. Aun cuando se trata de descubrimientos en su mayor parte aislados y a veces resultado de meras observaciones realizadas en algunas áreas de la península, de ellos han podido deducirse varias conclusiones. Una, que puede tenerse como fundamental, es que esos antiguos pobladores —o por lo menos la mayor parte de ellos— se muestran emparentados culturalmente con grupos prehistóricos del sur de Alta California y del suroeste de Arizona. Al hacer la salvedad de que por lo menos la mayor parte de ellos aparecen relacionados con focos culturales situados al norte de la península, se deja abierta la posibilidad de una procedencia, por completo distinta, en el caso de algunos que se asentaron en la porción sur de Baja California.

En el contexto de la arqueología de Norteamérica se describe como "Cultura del Desierto" aquella que se desarrolló en buena parte de lo que es actualmente el suroeste de los Estados Unidos. Dicha cultura se caracteriza por las formas de subsistencia y producción de utensilios, propias de quienes habitaban en diversos sitios de esa vasta región, por lo menos desde cerca de 15 000 a.C. Además de hacer referencia a las prácticas de recolección y caza, de las que se derivaba el sustento, existen clasificaciones arqueológicas bastante precisas de los utensilios líticos encontrados. Se habla así de varios "Complejos prehistóricos", es decir de conjuntos de elementos que se presentan en ámbitos determinados y que pueden tenerse como indicadores de un cierto tipo de desarrollo cultural. Los complejos prehistóricos se caracterizan sobre todo en función de sus implementos de piedra, de modo especial por las puntas de proyectiles y otros utensilios para cortar, raer, punzar y machacar, así como por sus incipientes formas de metates y molcajetes, etcétera. De los varios complejos prehistóricos, que se desarrollaron en el contexto de la Cultura del Desierto, en sitios no muy alejados del extremo norte de la California

peninsular, hay varios que pueden tenerse como probables focos de irradiación hacia el sur.

Los investigadores William Massey y Gordon R. Willey han descrito diversos conjuntos de objetos localizados en la mitad norte de la península que guardan manifiesta relación con otros de los llamados “Complejo San Dieguito”, del sur de Alta California, “Complejo de La Jolla”, al norte de San Diego y “Complejo de la Cuenca del Pinto” y de la “Cueva Gypsum”, en Arizona. Específicamente puede decirse que, desde cerca de la actual línea fronteriza hasta la altura de la antigua misión de Rosario, han aparecido elementos líticos que se corresponden con los de la fase III del “Complejo San Dieguito”, que se sitúa hacia 7 000 y 6 000 a.C. Cabe mencionar, por ejemplo, los raspadores plano-convexos, las navajas, hachuelas y proyectiles del tipo San Dieguito III hallados en el lecho meridional de la desecada laguna Chapala. De gran interés parece ser una punta del tipo Clovis (semejante a las del llamado “Complejo Clovis” en Nuevo México, situado cronológicamente entre 13 000 y 9 000 a.C.), localizada en las inmediaciones de San Joaquín, Baja California.

Vestigios que muestran una penetración de grupos portadores de elementos que corresponden a algunas características del “Complejo La Jolla”, provienen de sitios, tanto de las costas del Pacífico, como de las del golfo de California, por ejemplo, de la bahía de los Ángeles. En varios casos su fechamiento ha revelado una antigüedad cercana a 4 000 a.C. La cultura del tipo de La Jolla parece haber tenido una orientación marítima. En cambio las influencias que provienen del suroeste de Arizona tipifican otras variantes de la Cultura del Desierto. Tal es el caso del instrumental lítico que se asemeja al del “Complejo de la Cuenca del Pinto”. Su presencia, situable hacia 5 000 a.C., se ha detectado al sur de la Laguna Chapala, sobre todo en el Desierto Central, llanos de la Magdalena, bahía de La Paz y cabo San Lucas. También en el centro y sur peninsulares se han descubierto numerosas puntas de proyectil del tipo del “Complejo de la Cueva Gypsum” (Arizona), probablemente de fechas posteriores a las antes citadas.

Todo lo anterior muestra que hubo una serie de oleadas de penetración de grupos portadores de elementos propios de los pobladores prehistóricos del sur de Alta California y del suroeste de Arizona. Ello ocurrió probablemente por lo menos desde 8 000 a.C. La evidencia de estos hechos, que indican un origen norteño de los habitantes indígenas de la península, no excluye, por otra parte, la posibilidad de otro poblamiento parcial, propuesto por Paul Rivet. Con base sobre todo en el estudio de restos óseos –de hombres con cráneos hiperdolicocefálicos y de tallas reducidas– dicho investigador postuló un origen melanésico de varios grupos que subsistieron en regiones de arrinconamiento en el continente

americano, desde Baja California hacia el sur. Tal tipo étnico, descrito como de Lagoa Santa (por los hallazgos hechos en ese lugar del Brasil), y también como “paleo-americano”, constituiría un substrato muy antiguo y común a ciertas áreas de Oceanía y del Nuevo Mundo. El mismo Rivet reúne otros indicios —lingüísticos, culturales y aun de tipo sanguíneo— que, a su juicio, militan en favor de su hipótesis.

De corresponder ella a la realidad cabría distinguir un doble origen fundamentalmente diferente en los grupos que penetraron en la península: los tal vez más antiguos hiperdolicocefálicos que poblaron el sur (¿posibles antepasados de los pericúes?), y los de procedencia norteña, portadores de elementos culturales semejantes a los de algunos núcleos de Alta California y Arizona.



Tomado de Miguel Venegas, *Noticia de la California...*, 3 v., Madrid, 1757.

Antes de pasar a describir lo que fue el desarrollo local de las culturas prehistóricas en la península, conviene atender a otro punto que generalmente se acepta como casi evidente. Dada la configuración geográfica de la península, una especie de *cul de sac* (o callejón sin salida), sostuvo Paul Kirchhoff que los diversos grupos que penetraron en ella, en oleadas sucesivas, se fueron asentando al modo de las que describe como “fajas escalonadas de sur a norte”, de suerte que los más antiguos serían los que quedaron establecidos en el extremo meridional, presionados por otros que llegaron más tarde. De ser esto verdad, la antigüedad de las formas de cultura guardaría relación con los distintos grados de latitud de la península: mientras más al sur, serían más antiguas.

Para valorar esta hipótesis debe tomarse en cuenta lo que hemos expuesto con base en las investigaciones arqueológicas realizadas hasta ahora. Más allá de una aceptación o rechazo de la hipótesis de Paul Rivet de un origen melanésico de los habitantes del extremo sur, atendiendo sólo a la penetración desde el norte de los grupos portadores de los varios complejos culturales mencionados, tenemos los siguientes hechos: a la vez que elementos del “Complejo San Dieguito III” se han descubierto tan sólo al norte de la laguna Chapala, los vestigios del “Complejo La Jolla” aparecen distribuidos también por la región septentrional, a lo largo de las costas del Pacífico y de las del golfo de California, incluyendo los sitios descubiertos en bahía de Los Ángeles. En cambio, los hallazgos que ostentan afinidades con los complejos de la Cuenca del Pinto y de la Cueva Gypsum se presentan en un territorio sumamente extenso que, en ambos casos, incluye sitios del centro y sur de la península. Esto parece denotar que la llegada de oleadas sucesivas de grupos diferentes no tuvo como consecuencia una estratificación “en fajas escalonadas”, tan clara como la que supuso Kirchhoff. Al parecer hubo una mayor movilidad hasta que, en épocas posteriores, comenzaron a desarrollarse las culturas prehistóricas locales en la península. De ellas trataremos a continuación.

#### DESARROLLO DE CULTURAS PREHISTÓRICAS LOCALES EN LA PENÍNSULA

De nuevo hay que reconocer que los trabajos arqueológicos realizados son en extremo limitados. Lo hasta ahora alcanzado permite al menos hablar de tres formas principales de culturas con desarrollo local en Baja California. Una es la que se produjo en el área norte, arriba del paralelo 30. Es allí donde, al parecer, desde algunos milenios antes de la era cristiana, vivieron grupos de filiación lingüística yumana. Dichos grupos tuvieron diversas formas de contacto con los del suroeste de Arizona y de la cuenca baja del Río Colorado. Algunos de estos últimos practicaban ya la agricultura



desde el siglo VIII d.C., y producían cerámica. Al decir de Massey, varias exploraciones en Cerrito Blanco y en las inmediaciones de la antigua misión de Santa Catalina muestran la presencia de cerámica del tipo tizón café, que confirma los referidos contactos con otros grupos yumanos.

Otro desarrollo cultural muy diferente, que abarca la zona del Desierto Central, la región de los Comondús, y llega hasta la sierra de La Giganta, es el que se describe como “Complejo Cultural Comondú”. Entre los vestigios materiales que han permitido caracterizar este desarrollo destacan numerosos metates primitivos, encontrados a veces con “manos pequeñas” para moler las semillas. Otro elemento diagnóstico son las pequeñas puntas triangulares de obsidiana. De ordinario estas puntas tienen sus orillas aserradas. Asimismo son frecuentes los ganchos de madera para la obtención de la fruta de la pitahaya. Estos ganchos tienen como complemento natural la existencia de redes de hilo con un tejido característico de nudo cuadrado. Se han hallado asimismo numerosas pipas tubulares de piedra. Otros elementos que perduraron hasta el tiempo del contacto con los españoles son las capas o máscaras hechas de pelo, empleadas por los *guamas* o hechiceros en sus ceremonias. Han aparecido también restos de piezas de cestería, de sandalias y tablas con diversos dibujos, usadas asimismo por los hechiceros.

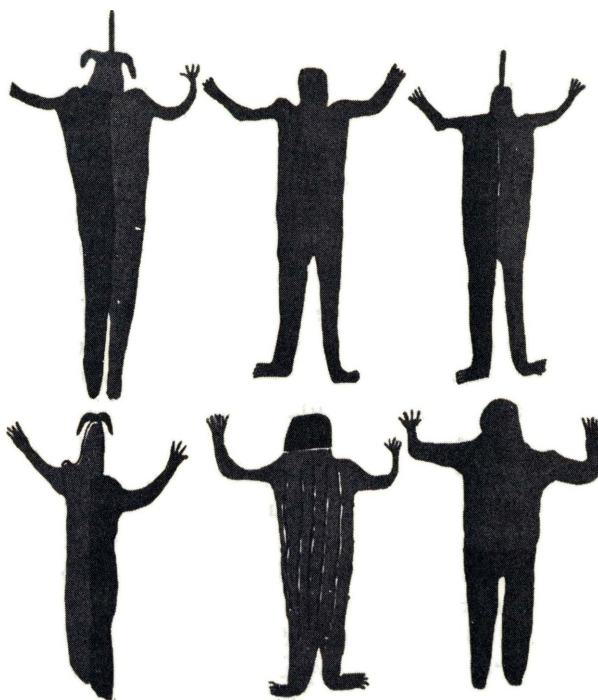
El investigador Homer Aschmann destaca la relativa abundancia de vestigios arqueológicos en el área del Desierto Central situada, como ya dijimos, dentro del contexto del “Complejo Cultural Comondú”. Entre otras cosas afirma:

Aun un observador fortuito que cruce el Desierto Central queda impresionado por la frecuencia con la que encuentra restos de piedra tallada. Utensilios y lascas se hallan esparcidos a lo sumo a unos cuantos cientos de metros de distancia de cualquier lugar dentro de esta región, incluso en sitios donde puede obtenerse agua sólo unas pocas horas al año. A lo largo de las costas del Pacífico y del Golfo de California hay también grandes concheros que contienen concentraciones menores de utensilios líticos. Aparecen éstos en todas las playas accesibles, como indicio por lo menos de una ocupación transitoria a lo largo del litoral. Sin embargo, los concheros más grandes se encuentran en localidades cercanas a manantiales permanentes de agua potable, como en la bahía de los Angeles.<sup>1</sup>

Además de estos montículos de conchas, los hallazgos arqueológicos en el Desierto Central incluyen vestigios de fogones y de hoyos excavados tal vez para asar los agaves (mezcales).

Elemento que con razón ha despertado grande interés es la existencia en el contexto de esta cultura de numerosos sitios con pinturas rupestres.

<sup>1</sup> Homer Aschmann, *op. cit.*, p. 43.



**Figuras humanas en las cuevas Pintada y Santa Marta, B. C., *Indian Art and History. The testimony of Rock Painting in B. C.*, de Clement Meighan.**

tres. Puede afirmarse que hasta ahora se han localizado más de quinientos lugares, en cuevas y abrigos, en sierras como las de San Francisco, Guadalupe, San Juan y, más al norte, de San Borja, en las que se contemplan pinturas, muchas de ellas de grandes proporciones. Hasta el presente no ha sido posible fechar con seguridad las pinturas rupestres. Algunos investigadores, como Pedro Bosch Gimpera, consideran que por lo menos algunas que él describe como de un tipo muy semejante a las que provienen del paleolítico superior asiático, pueden tener varios miles de años de antigüedad. El mismo investigador señala la presencia de estilos diferentes en las pinturas, que corresponderían a épocas distintas en la evolución cultural de los grupos que las han dejado. Así, las pinturas en las que se representan en forma extraordinariamente naturalista diversos animales, podrían tenerse como las de una etapa más antigua. Otras en las que aparecen animales y seres humanos con cierta estilización, integrando a veces escenas de caza y aun diversas formas de combate, proven-

drían de una etapa algo posterior. Finalmente aquéllas en las que predominan las estilizaciones, podrían tenerse como las más tardías.

Muchas de las pinturas, aunque realizadas probablemente con propósitos mágicos y religiosos, constituyen para nosotros producciones extraordinarias en el campo del arte. Importa sobremanera su preservación y se requiere que ulteriores estudios puedan definir mejor su estilo y aun, si es posible, alcancen a situarlas cronológicamente.

En el ámbito sur de la península se desarrolló otro complejo descrito como “Cultura de las Palmas”, sobre todo por los hallazgos hechos en la bahía de tal nombre. En el contexto de esta cultura ha aparecido un buen número de entierros tanto primarios como secundarios, éstos últimos reihumación de los huesos, según veremos, con características especiales. Conviene destacar que los restos humanos encontrados en tales entierros presentan un carácter marcadamente dolicocefalo. En los entierros primarios los restos aparecen rígidamente flexionados. En los secundarios se depositó el envoltorio funerario con los huesos ya descarnados y pintados con color ocre. Los huesos fueron colocados con gran cuidado siguiendo siempre igual procedimiento. Los entierros secundarios se cubrían de ordinario con pieles de venado o con hojas de palmas y se acompañaban de algunos artefactos.

En el contexto de la Cultura de las Palmas se han descubierto lanzardos de madera, elemento que sobrevivió en el sur de la península hasta el tiempo del contacto con los españoles. Cabe recordar que la existencia de lanzardos en otros ámbitos indígenas del continente americano es frecuente en áreas descritas como de refugio. Otros elementos, también característicos de esta cultura, son recipientes ovalados a manera de canastas pero hechos de corteza de las palmas, conchas con las orillas aserradas, huesos a modo de espátulas, así como conjuntos de semillas y conchas pequeñas, usados probablemente como adorno a manera de cuentas.

Como ocurre en otras regiones de la península, son muy abundantes en el ámbito de la Cultura de las Palmas los petroglifos. Algunos investigadores, como Ten Kate y León Diguét, han reproducido y estudiado varios de ellos desde el siglo pasado. Recientemente se han hecho algunas exploraciones de carácter arqueológico en la parte sur de la península que revelan alto grado de adaptación de sus pobladores prehistóricos a los diferentes ámbitos ecológicos que existen en dicha región. Abarcan éstos desde las playas al nivel del mar, a lo largo del litoral meridional en el golfo de California y también en la región de los cabos, San José y San Lucas y, pasando por la planicie costera, llegan hasta los puntos más altos de la sierra de la Laguna. El estudio de los varios sistemas bióticos, con muy diferentes recursos para la subsistencia de grupos humanos, pone

de manifiesto que, por muchos milenios hasta la época del contacto con los españoles, la población aborigen desarrolló técnicas particularmente eficaces para vivir. Los que más tarde serían conocidos como “los playanos”, es decir, los habitantes cercanos a las costas, llegaron a fabricar balsas, redes y arpones con que atrapaban diversos peces, moluscos y tortugas. De esta forma de obtener el mantenimiento hablan cronistas como Miguel del Barco que, entre otras cosas, escribe:

En el Golfo (de California) las hay de dos especies (de tortugas)[...] Las primeras son grandes, de suerte que su concha superior es en muchas de ellas de tres palmos o más de longitud y poco menos de ancho. Los indios playanos las cogen saliendo al mar en una canoa o balsa.

Cuando ven cerca una tortuga, se echan al agua y procuran voltearla; lo cual conseguido, es suya la tortuga, porque así no puede ya huir. La ponen en la canoa o balsa y prosiguen su pesca<sup>2</sup>

Y tratando el mismo autor del modo como aprovechaban estos playanos los productos del mar, dice en otro lugar:

Es verdad que los playanos comen muchas almejas, ostiones y demás especies de testáceos, pero los comen en la misma playa, para lo cual hacen lumbre y en ella echan las conchas, las cuales, sintiendo el fuego se abren, y en la misma concha se asa o se fríe el pez que la fabricó[...].

Cuando quieren transportar a la serranía esta comida, abren en la playa las conchas y extraen de ellas la comida y la secan. Después, en sartas bien largas que de ellas forman, la llevan donde quieren, porque de esta suerte no se corrompe y dura mucho tiempo.<sup>3</sup>

En la planicie y en las laderas de las sierras subsistían los nativos de la recolección y la caza. La primera incluía una gran variedad de frutos, descritos también con gran minuciosidad por los misioneros que pudieron conocer aun las antiguas formas de subsistencia hasta entonces en nada o en muy poco alteradas. El ya citado Miguel del Barco proporciona información en extremo valiosa y que puede describirse como de carácter etnobotánico y etnozoológico. Además de los frutos de la pitahaya agria o dulce, menciona otros como los del garambuyo, la biznaga, el palo verde, los salates, los nopales y varios más, descritos siempre con gran pormenor. En lo que toca a la fauna aprovechable para la alimentación, ésta abarcaba, en la región sur de la península, desde los venados, liebres y conejos hasta un conjunto bastante grande de pequeños mamíferos, aves e insectos.

<sup>2</sup> Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 135.

<sup>3</sup> *Ibid*, pp. 145-146.



Indígenas californios, dibujados por el jesuita Ignacio Tirsch, en el siglo XVIII.

Otra subárea de características distintas, que también ha sido objeto de algunas exploraciones por los arqueólogos Fermín Reygadas y Guillermo Velázquez, es la que corresponde a la Sierra de la Laguna, en la que hay más abundante vegetación, que incluye encinos y pináceas. En ella existen otros productos obtenibles a través de la recolección, como las bellotas y los frutos de algunos arbolillos, entre ellos los que se conocen allí modernamente con el nombre vulgar de ciruelos. Entre los vestigios arqueológicos de particular interés localizados en la sierra de la Laguna, sobresalen algunos cercados de piedra, de un metro a un metro y medio de ancho, y de una altura aproximada de ochenta centímetros. Tales cercados se usaron probablemente como sitios para almacenar algunas formas de alimento, quizás las bellotas recogidas, y sirvieron también en otros casos como refugios. En varias cuevas o abrigos se han descubierto asimismo indicios de la presencia de antiguos aborígenes. En ocasiones hay allí petroglifos y entierros primarios o secundarios.

Si bien queda aún mucho por investigar —podría decirse que la mayor parte— lo que hasta ahora conocemos acerca de las formas de subsistencia de los californios prehistóricos denota que a pesar de lo adverso del medio ambiente y de su muy limitado desarrollo cultural, alcanzaron

a adaptarse de manera extraordinaria, manteniéndose en equilibrio con la naturaleza en la que les tocó vivir. Entre sus creaciones sobresalen los petroglifos y las pinturas rupestres. Por encima de todo nos hablan unos y otras de las preocupaciones de esos antiguos habitantes. Al menos cabe pensar esto cuando se contemplan petroglifos que representan pescados, aves, plantas, círculos que parecen ser imágenes del sol, o se miran sus extraordinarias pinturas rupestres con escenas de cacería, enfrentamientos entre grupos distintos y figuras humanas en múltiples actitudes, algunas de ellas quizás evocación de sus ritos y ceremonias en relación con los seres divinos, cuya protección debía propiciarse.

Por otra parte, el hecho de que mucho de lo descubierto por las exploraciones arqueológicas —sobre todo utensilios, armas y ciertos vestigios de atavíos— siguieron siendo empleados en la época del contacto con los españoles, muestra que los cambios culturales debieron ser extremadamente lentos. En cierto modo puede afirmarse que los niveles de desarrollo prehistórico que perduraron hasta los comienzos del periodo misional, constituían casos extraordinarios de “fossilización cultural del género de un paleolítico superior”. De allí el interés que tiene el estudio y la valoración de los testimonios etnohistóricos acerca de los grupos indígenas de la California peninsular.

En función de tales testimonios es posible describir aspectos como los de la organización familiar y social de esos grupos; su economía y formas de subsistencia; indumentaria; creencias y prácticas mágicas y religiosas. Como un primer punto atenderemos en seguida a sus filiaciones lingüísticas, tratando a la vez de establecer algunas precisiones respecto de los orígenes y probables parentescos, o ausencia de éstos, en los idiomas allí hablados, tanto entre sí como con otros extrapeninsulares. Para ello acudiremos sobre todo a los testimonios de quienes en varios casos llegaron a conocer adecuadamente tales idiomas y nos dejaron algunas descripciones de los mismos.

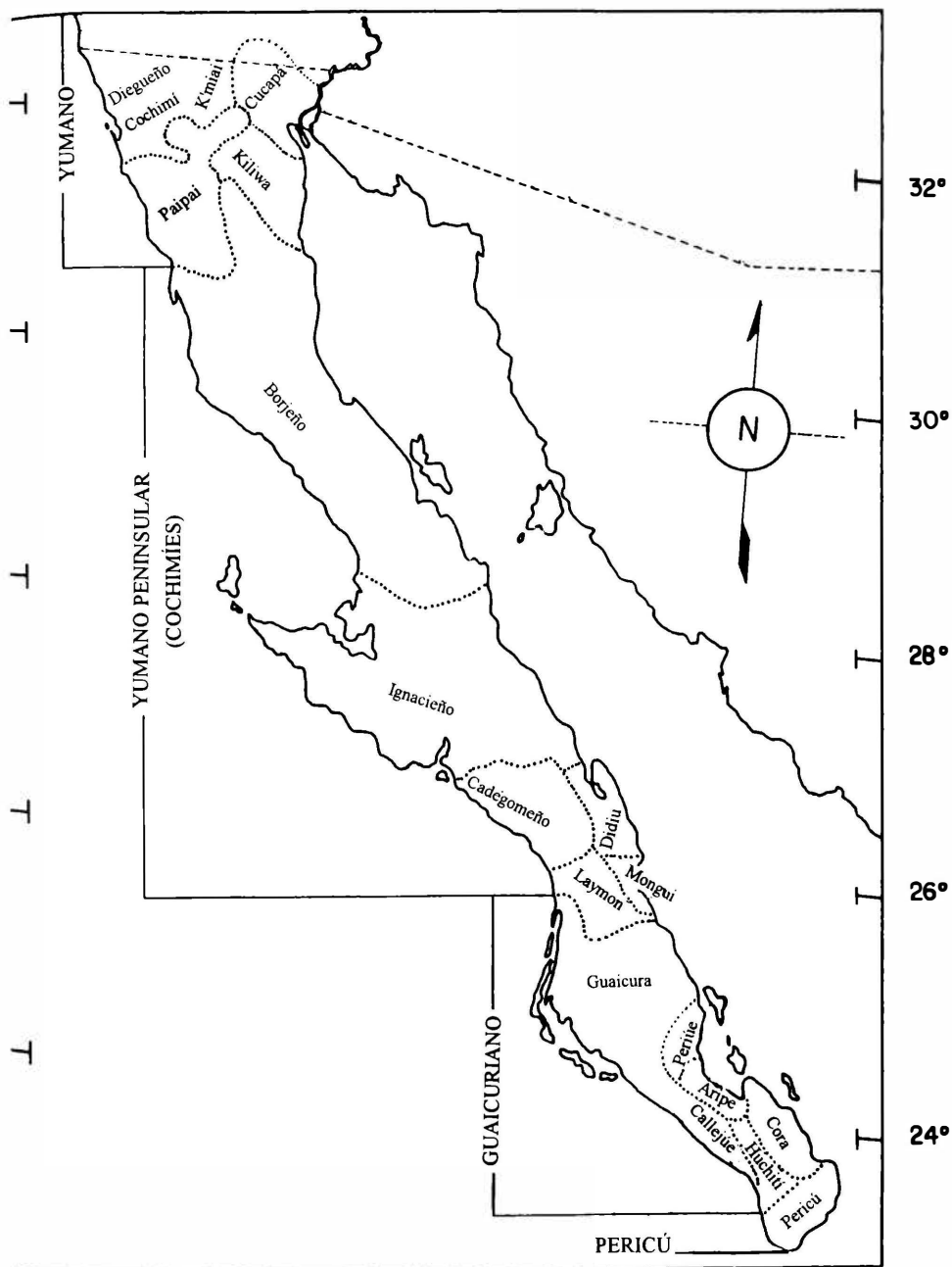
#### LOS IDIOMAS INDÍGENAS EN LA PENÍNSULA

Hay que reconocer que son escasos los trabajos acerca de los idiomas nativos de Baja California. Por otra parte, con excepción de algunos pequeños grupos que sobreviven en el extremo norte y cuyos idiomas pertenecen a la familia yumana, el resto de los hablantes de lenguas aborígenes en la península entró en proceso de extinción desde fines del siglo XVIII. En tal sentido, para conocer algo de sus lenguas, hay que acudir a los testimonios escritos que sobre ellas dejaron especialmente algunos cronistas misioneros. Sin embargo, con pocas excepciones, tal información

es de carácter sumario o poco precisa en términos de descripción y clasificación lingüísticas.

Entre los cronistas misioneros cuyos trabajos constituyen aportación básica para el estudio de estas lenguas, sobresale Miguel del Barco, que en su *Historia natural y crónica de la Antigua California* ofrece información acerca de la morfología del cochimí (yumano peninsular) y aporta asimismo noticias de considerable interés tocantes al guaycura y al pericú. Especial mención merecen asimismo las aportaciones de los padres Franz Benno Ducrue y Juan Jacobo Baegert. El primero en su *Relación sobre la expulsión de los jesuitas de Baja California*, describe asimismo algunos de los rasgos del cochimí, en tanto que el segundo en sus *Noticias de la península americana de California* incluye algunos elementos del guaycura. Por otra parte, debemos al también misionero jesuita Nicolás Tamaral una elucidación del significado de varios nombres de lugar en cochimí, incluida en la recopilación de informes y cartas publicada por Constantino Bayle, en la obra *Misión de la Baja California*. También en un informe publicado por quien esto escribe, y atribuido al capitán Esteban Rodríguez Lorenzo, se proporcionan importantes referencias sobre el mismo asunto de los nombres de lugar, *Descripción y toponimia indígena de California, 1740*.

De los investigadores que han tratado de arrojar alguna luz en el tema de las lenguas indígenas de Baja California, destacan William C. Massey, Wigberto Jiménez Moreno, Mauricio Swadesh y Mauricio Mixco. En lo personal también me he interesado en esta materia y he publicado un trabajo sobre la lengua pericú y otro acerca de la toponimia indígena de la mitad sur de la península. Tomando aquí como punto de partida las aportaciones de Massey, cabe afirmar que, desde el antiguo puerto y presidio de Loreto hacia el norte, los distintos idiomas y dialectos —conocidos genéricamente como “lengua cochimí”— constituían variantes dentro de la que el mismo investigador designó como “familia yumana peninsular”. Esta aseveración no parece expuesta a objeciones. Cabe añadir que esa “familia yumana peninsular” constituía una rama dentro del tronco lingüístico yumano del que según manifesté antes, hay en la península y fuera de ella idiomas que continúan siendo hablados. Entre estos idiomas se cuentan el paipai, el tipai, el kiliwa y el cucapá. Acerca de éstos se han realizado algunas investigaciones, como las descripciones de Carlos Robles U. y Jesús Ángel Ochoa Zazueta. Trabajos más amplios en relación con los paipais y kiliwas, se deben a Mauricio Mixco. Puede también mencionarse aquí otra aportación más antigua de Albert S. Gatschet, realizada durante el último tercio del siglo pasado, y que culminó con la publicación de algunos conjuntos de vocablos de lenguas del grupo yumano. De esta suerte, son el cochimí (yumano peninsular) y los otros



Mapa lingüístico.



ya mencionados idiomas yumanos los que nos resultan más conocidos. Todos ellos, según lo expresé, integran la base lingüística indígena en lo que hoy es el estado de Baja California.

En cambio, tratándose ya de las lenguas que se hablaron antiguamente al sur de Loreto, el panorama lingüístico es mucho menos claro. La clasificación propuesta por Massey de las diferentes lenguas habladas en esa región meridional, no puede tenerse como indiscutible o definitiva. Al decir de Massey, todos esos idiomas al sur de Loreto formaban parte de una sola familia, identificada como “guaycura”. Massey elaboró un cuadro en el que distribuye en tres grupos o subfamilias a los varios conjuntos de idiomas que, según él, pertenecían a este mismo tronco guaycura. Este esquema incluye, como guaycura propiamente dicho, al idioma de este nombre y a otro, tenido tal vez como un dialecto del anterior, el hablado por los indígenas conocidos en las crónicas como “callejús”. La localización geográfica de quienes se valían de una u otra de estas variantes, correspondía a la porción más septentrional, desde Loreto hasta el istmo de La Paz.

En cambio, los hablantes de las que Massey describe como otras subfamilias, vivían más al sur. Los que integraban la subfamilia huchití (coras, huchitíes, aripes y periúes) moraban desde el extremo sur de la bahía de La Paz, extendiéndose hasta la zona de los pericúes. La lengua de éstos, tenida por Massey como una subfamilia del guaycura, tenía vigencia en el extremo sur de la península y en las islas de Cerralvo, Espíritu Santo y San José. He aquí el cuadro propuesto por Massey.

---

Familia *Guaycura*

<i>Guaycura</i>	<i>Huchití</i>	<i>Pericú</i>
Guaycura	Cora	Pericú
Callejús	Huchití	Isleño
	Aripe	
	Periúes	

---

El otro investigador, ya aludido, que se ha ocupado de este mismo asunto, Wigberto Jiménez Moreno, en su trabajo intitulado “Las lenguas y culturas indígenas de Baja California”, señala que se requieren testimonios más amplios para establecer una clasificación en el conjunto de lenguas que se hablaban al sur de la península. Por mi parte he reunido un conjunto de vocablos pericúes que he podido comparar con algunos guaycuras. El resultado, aunque muy limitado y tentativo, muestra que no

parecen estar relacionadas estas lenguas.<sup>4</sup> Una corroboración de esto la proporciona en su obra Miguel del Barco que asienta lo siguiente:

Los pericúes habitaban, como queda dicho, la parte más meridional, desde el cabo de San Lucas, por espacio de treinta a treinta y cinco leguas hacia el norte, ocupando la mayor parte del sur. Además de estos pericúes, algunas familias de esta misma nación poblaron algunas islas del golfo, como son las de San José y del Espíritu Santo.

Después del territorio de los pericúes (a quienes en la California vulgarmente llaman pericos), se sigue el de la segunda nación, que ocupa todo el terreno que hay hasta Loreto, y aún un poco más adelante. Divídese ésta en huchitíes, coras, aripes, guaycuras y monquis. Las tres primera nacioncillas (ramas de los guaycuras) tenían su asiento dentro del sur, y se reducía cada una a una sola ranchería. La mayor de ellas era la de los huchitíes, los cuales confinaban con los pericúes.<sup>5</sup>

Refiriéndose ya más particularmente a la lengua hablada por los pericúes, añade:

En obsequio de la verdad decimos que la nación de los pericúes no se divide ni se ha dividido jamás en las ya dichas nacioncillas ni en otras. Ni los guaycuras, ni los huchitíes, ni los coras eran ramas de la nación pericú[...]

Los pericúes son una nación totalmente separada de las dichas naciones, y especialmente de los coras, así en territorio como en lengua, trato y parentesco.<sup>6</sup>

Tomando todo esto en cuenta, nos inclinamos a pensar que en la región sur de la península se hablaban lenguas de dos familias distintas: la pericú y la guaycura. En una y otra —al igual que en el caso del tronco yumano en el norte— existían también variantes. Por lo que toca al guaycura constituían variantes las lenguas habladas por los callejús, coras, aripes, huchitíes y quizás otros. Respecto de la familia pericú, la única variante podría ser la forma en que hablaban dicho idioma los pericúes isleños.

Respecto de los idiomas conocidos en el norte, hemos visto ya que deben situarse todos dentro de la familia lingüística yumana. La principal división se deriva de distinguir entre el conjunto de las variantes del que genéricamente se conoció como cochimí (llamado por Massey yumano peninsular) y las lenguas más septentrionales (paipai, tipai, kiliwa, cucapá...), todas ellas yumanas propiamente dichas.

Si en el caso de los idiomas ya extintos nuestro conocimiento se limita a los testimonios que he citado, principalmente de misioneros, en

<sup>4</sup> Véase Miguel León-Portilla, "Sobre la lengua pericú de..."

<sup>5</sup> Miguel del Barco, *op.cit.*, pp. 173-174.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 174.

cambio contamos con información relativamente más amplia sobre las lenguas yumanas que aún perduran en el extremo norte de Baja California. De las aportaciones que en torno a ellas se han hecho aludiré de manera especial a las del lingüista Mauricio Mixco. Sobresalen varios textos en paipai y kiliwa que él recogió y ha analizado. A modo de ejemplo mencionaré el texto paipai que versa sobre “La creación del mundo”, que hemos publicado en la revista *Tlalocan*. Textos como éste constituyen valiosa muestra de la literatura nativa originada en la península californiana.

Acudiendo ahora a los testimonios dejados por navegantes, exploradores de las costas de California y gentes interesadas en las pesquerías de perlas, así como de modo especial por los misioneros, pasaré ya a describir algunos rasgos más sobresalientes en las formas de cultura de los varios grupos que habitaban desde el extremo sur hasta las regiones septentrionales de la península.

#### RASGOS CULTURALES DE LOS PERICÚES

La etnohistoria de los grupos indígenas californianos —es decir, lo que acerca de ellos conocemos con base en distintos testimonios, a partir del contacto con los españoles— tiene una característica en extremo interesante. Consiste ésta en que, desde el siglo XVI hasta los finales de la etapa misionera en el siglo XIX, hay testimonios, elaborados con propósitos muy diferentes, que ofrecen una gama de descripciones, base para establecer comparaciones con una amplia perspectiva temporal. Entre los autores de tales descripciones hay capitanes como Francisco de Ulloa que, enviado por Hernán Cortés, dejó una temprana relación de su expedición en 1539. También destacan personajes como Sebastián Vizcaíno y el carmelita fray Antonio de la Ascensión, a quienes se deben importantes noticias de principios del siglo XVII.

La serie se continúa luego con los informes, cartas y relatos de capitanes interesados en establecer pesquerías de perlas o en continuar la exploración de las costas de California. Recordaré aquí sólo los nombres de Nicolás de Cardona, Francisco de Ortega y Pedro Porter y Casanate. Posteriores son los escritos de Eusebio Francisco Kino y del gran conjunto de misioneros jesuitas, entre los que sobresalen de modo muy especial, Juan María de Salvatierra, Juan de Ugarte, Francisco Pícolo, Jaime Bravo, Nicolás Tamaral, Segismundo Taraval, Clemente Guillén, Juan Jacobo Baegert y Miguel del Barco.

Y si son menos abundantes las descripciones del breve periodo franciscano y de la ulterior etapa dominica, no pueden ignorarse los trabajos de fray Francisco Palou y de fray Luis de Sales, además de los otros muchos

informes que, sobre todo de la etapa dominica, se conservan inéditos en repositorios como el Archivo General de la Nación, en la ciudad de México. Obviamente no podré citar aquí, respecto de pericúes, guaycuras, cochimíes y otros grupos, el inmenso caudal de noticias incluido en todas estas fuentes. Tan sólo como muestra —dejando abierto este campo a ulteriores investigaciones— presentaré algunos testimonios que nos permitan entrever los rasgos culturales más sobresalientes de las principales etnias californianas.

En el caso de los pericúes, habitantes del extremo sur de la península, citaré un párrafo de la relación de Francisco de Ulloa, donde describe lo que contempló en 1539, poco después de haber doblado la punta sur de la península, es decir la región de cabo San Lucas. Sabemos que los pobladores de la porción más meridional, incluso de las costas del Pacífico, eran de filiación lingüística pericú. He aquí lo que contempló el capitán Ulloa:

Las gentes que este día se vinieron e nos dieron guerra son gentes desnudas e de mediana despución; algunos, con los cabellos largos, y otros e todos los demás tresquilados de dos e tres dedos de largo; traen muchos de ellos unas conchas relucientes, de las en que se crían las perlas, colgadas del pescezo. Traen orejeras de palo, tan gordas como dos dedos; las armas que



Indígenas californios cazando venado, dibujados por el jesuita Ignacio Tirsch, en el siglo XVIII.

traían eran arcos de los gordos e más altos que ellos; las flechas de caña e palo, con sus puntas de pedernal e algunas varas[...] En la laguna se hallaron balsas grandes y de caña.<sup>7</sup>

De las relativamente amplias noticias que proporciona Ulloa sobre estos grupos del extremo sur de la península, citaré lo que poco más adelante asienta a propósito de otro encuentro con indígenas de filiación también pericú, ya que de manera expresa nota que llevaban consigo a un indio “del puerto y bahía de Santa Cruz” (es decir, de La Paz) y que no pudo entenderse con dichas gentes más meridionales.

Se volvió (el indio que antes había venido) e con él un escuadroncillo de gente, e a un poco vino otro escuadrón; los cuales venían muy pintados de la rodilla para arriba, de prieto y blanco, que en la verdad, de lejos, era cosa de ver, en especial no sabiendo qué cosa era la pintura y, en llegando como llegaban a do estaban, dejaban todos sus armas e comenzaban todos a cantar e a bailar y a señalarme con las manos, abajándolas e alzándolas, mostrando muchas maneras de regocijo[...]

Y entre estos que a la postre vinieron, vino uno muy pintado, con una diadema[...] en la cabeza, el cual estaba sentado en unas piedras, algo apartado de los otros, e a él acudían y llevaban todo cuanto yo les daba.

Parecía ser la principal persona. De ellos hobimos muchas formas de colas de buharros (corneja, ave rapaz) e algunas conchillas de aquellas en que se crían perlas, a e algunas madejuelas de hilo de las que traen en la cabeza y un pretal o cinto que, según por él parece, se deben ceñir al cuerpo, hecho de unas cortejillas negras, y unos notillos de cañas, a los cabos de él muchas pezuñas de venados por cascabeles, y una diadema de manera que se ha dicho.<sup>8</sup>

El relato, tan rico en detalles, del capitán Ulloa, marca el momento en que comenzaron a producirse los testimonios escritos, de tan grande interés, acerca de las formas de vida de los californios. Quien reúna, analice y valore la suma de descripciones al alcance, de casi dos siglos y medio de contacto, hará ciertamente un gran servicio a todos los estudiosos de la etnohistoria peninsular.

El límite de espacio me obliga a dar un salto en el tiempo y citar la descripción de conjunto que debemos al almirante Pedro Porter y Casanate, que en 1643 exploró las costas de California. Su descripción se refiere específicamente a los indígenas de la región de cabo San Lucas y de la llamada bahía de San Bernabé, es decir, a los pericúes que vivían en el extremo sur de la península. De ella entresaco lo más sobresaliente:

<sup>7</sup> Francisco de Ulloa, “Carta de Relación, 1539”, en *Relaciones históricas de América*, primera mitad del siglo XVI, con introducción de Manuel Serrano y Sanz, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, Imprenta Ibérica, 1916, pp. 181-240.

<sup>8</sup> *Ibid.*



Sacerdotes o curanderos californios, de *Notticia de la California...*, del padre Miguel Venegas.

Estuvo la gente en este cabo de San Lucas y bahía de San Bernabé treinta y cuatro días, luego que los indios decidieron recibir a los nuestros con balsas...

Estuvieron apacibles, regalaron a los nuestros de pescado y algunas cosas de la tierra[...]

Usan de la flecha y arco. Temen, más aún que los arcabuces, a los perros[...]

Vieron una ballena y en cinco días la hicieron pedazos y llevaron cargas de carne a sus rancherías. De perlas traían rescate, de algunas muy grandes e inútiles por haberlas ellos quemado y rayado.

Traen el cabello muy largo, son corpulentos y fuertes.

Tienen guerra con los de la tierra adentro y, cuando la ballena, quisieron venir sus contrarios[...]

Llamándolos, salieron a recibir a los nuestros al mar en balsas y jangadas (maderos para navegar, balsa)[...]

Venía capitaneando un cacique anciano a gran número de indios que lo obedecían y, parándose a trechos, decía en voz alta grandes razonamientos que no podía entenderse y se juzga que daba la bienvenida a los nuestros, pues en señal de paz y amor los recibían con alegría, echando arena por el aire y ofreciendo arcos y flechas, poniéndolos por el suelo, pidiendo por señas a los nuestros dejasen también sus armas[...]

Estaban embijados y pintados los cuerpos de diversos colores. Traen mucha plumería en la cabeza y el cuello colgadas conchas de nácar con muchos agujeros[...]

Los hombres son más corpulentos, fuertes y agestados, que los de Nueva España[...] Su cabello tráenlo muy largo y andan desnudos; las mujeres son de buen parecer y se visten de la cintura abajo.

Los indios de la tierra adentro con quien traen guerra, se llaman los guayairos (guaycuras). No se reconoció género de idolatría en estos indios, no son ladrones ni mentirosos ni usan de borracheras ni brebajes. Toman el tabaco en humo, tiénenlo en abundancia.<sup>9</sup>

Ofreceré ahora en síntesis lo que, gracias al testimonio de los misioneros, conocemos sobre las costumbres y creencias de los pericúes. Impresionó bastante a los evangelizadores que, no obstante la total desnudez que prevalecía entre los pericúes del sexo masculino, gustaban de ataviarse en diversas formas:

Los pericúes hacia el cabo de San Lucas, adornaban toda la cabeza de perlas, enredándolas y entreverándolas con los cabellos, que los mantenían largos. Entretejían con ellas unas pequeñas plumas blancas, resultando de todo un adorno postizo que, visto de lejos, podría pasar por peluca.<sup>10</sup>

De hecho el padre Barco ofrece en su magna aportación no pocos datos tocantes al modo de ser de los pericúes. Nota, por ejemplo, respecto de una frutilla del llamado “árbol que tuye” que los pericúes, mejor que ningunos otros californios, supieron aprovecharla quitándole unas pepitas que tenía y que eran venenosas. En otro lugar habla de la multiplicidad de mujeres, característica de los pericúes. Señala también cómo había entre ellos una división de trabajo en función del sexo. En tanto que las mujeres cuidaban del sustento de la familia y, compitiendo, traían a sus maridos las frutas y semillas del monte para tenerlos contentos, los hombres, se ocupaban en la cacería o en la pesca, cuando no estaban descansando. A Barco se debe también valiosa información sobre la organización social de las que llama “rancherías”, formadas por grupos no muy numerosos, emparentados entre sí y que obedecían a un jefecillo que, en ocasiones, ostentaba también poderes mágicos y religiosos. Cada ranchería se movía en un ámbito espacial que tenía por propio, y que generalmente incluía uno o varios aguajes. No era raro que los integrantes de una ranchería se enfrentaran con los de otra. La victoria traía varias consecuencias. Entre otras cosas los más fuertes podían gozar de las mujeres de los vencidos.

Debemos al cronista Miguel Venegas una especie de resumen de lo que se conocía acerca de la religión de los pericúes. Venegas elaboró su

<sup>9</sup> Pedro Porter y Casanate, “Relación, 1643”, en W. Michael Mathes, *Californiana II*, *op. cit.*, pp. 797-798.

<sup>10</sup> Miguel del Barco, *op. cit.*, pp. 183-184.

*Noticia de la California* con base en los informes que le proporcionaron diversos misioneros. Los pericúes creían:

que en el cielo vive un señor a quien llaman Niparaya, el cual hizo la tierra y el mar: da la comida, crió los árboles y todo lo que vemos y puede hacer cuanto quiere. No lo vemos, porque no tiene cuerpo como nosotros. Este tal Niparaya tiene mujer, llamada Anayicoyondi[...] Ha tenido tres hijos. De estos el uno es Quaayayp, que es hombre[...] (éste) estuvo entre éstos (los pericúes) y los enseñó. Era poderoso y tenía mucha gente[...] Lo mataron pero está muy hermoso, sin corrupción alguna, echando continuamente sangre. No habla por estar difunto pero tiene un tecolote que le habla.<sup>11</sup>

Explicando un poco más esta creencia, añade el informe que los doc-tos o hechiceros hablan de otro personaje, Waac o por otro nombre Tuparán, que luchó contra el gran señor Niparaya:

Este al fin lo venció, le quitó todas las pitahayas y lo echó del cielo y lo encerró en una cueva. Hizo luego las ballenas del mar para que espantaran a Waac Tuparán, para que no salga de la cueva.<sup>12</sup>

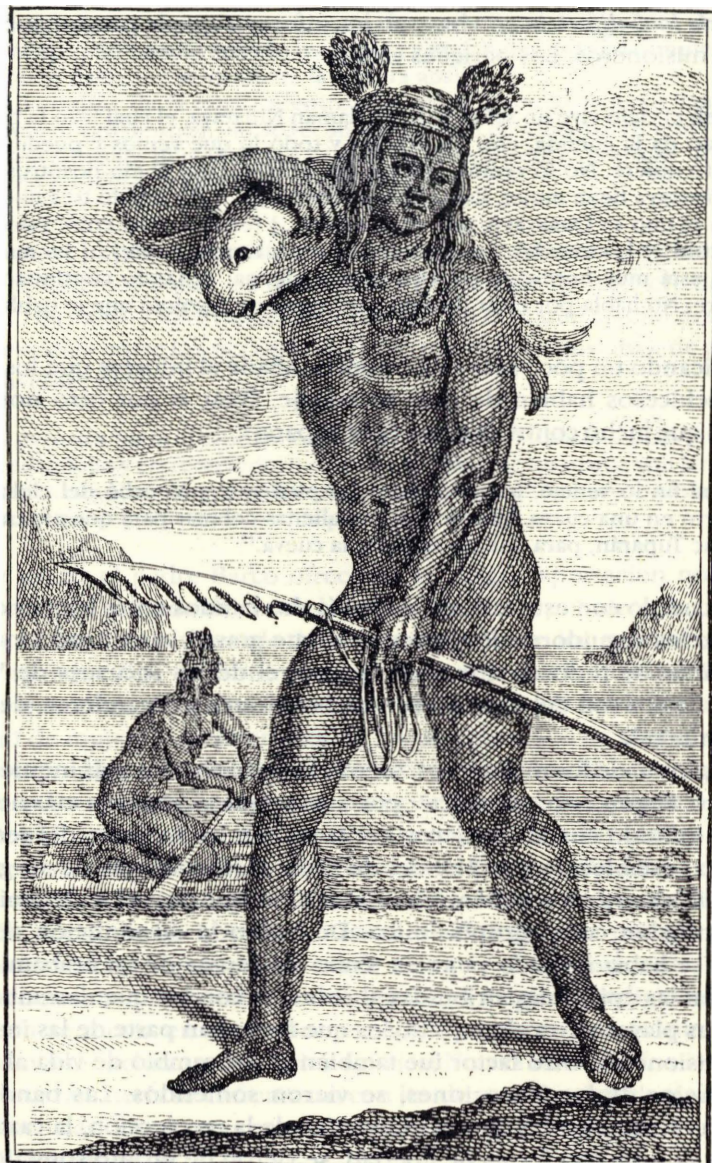
De acuerdo con este testimonio había dos bandos entre los pericúes, uno el de los seguidores de Niparaya, “gente grave y circunspecta y que con facilidad se reducen a la razón”; otro, el de los secuaces de Waac Tuparán, “éstos son del todo perversos, hechiceros y curanderos, de que hay enjambres”.

En opinión de los misioneros, fueron los pericúes los más inquietos y revoltosos. Según esto, su carácter poco sumiso se vio todavía más negati-vamente influido cuando tuvieron contacto con los mineros del real de Santa Ana, establecido por Manuel de Osio. Consecuencia de su genio poco dócil fue su gran rebelión, iniciada en 1734, que trajo el aceleramiento de su extinción como grupo étnico. De hecho la disminución de los pericúes se había iniciado ya antes. Entre las causas de tal acabamiento sobresalen las epidemias atribuidas al contacto con los que desembarca-ban en sus playas y con algunos de los que formaban parte de las institu-ciones misioneras. Otro factor fue también el del cambio de vida al que, con la mejor de las intenciones, se vieron sometidos. Las bandas o rancherías seminómadas que se mantenían de la recolección, la caza y la pesca en su primitiva forma de libertad, se vieron de pronto sometidas a la rigidez de los horarios y las obligaciones que prevalecían en los centros

<sup>11</sup> Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 vols., México, reimpresso por Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, Editorial Layac, 1943, p. 89.

<sup>12</sup> *Ibid.*





*J. Pine del. Page 409*  
*An Indian of the Southernmost part of California*  
*is Returning from Fishing & another on his Barklog*

Un indígena de la parte más sureña de California regresa de pescar, en tanto que otro navega en su balsa. De *Un viaje alrededor del mundo*, de Shelvocke. 1726.

jesuíticos. La realidad es que, hacia fines del siglo XVIII, los pericúes se habían extinguido por completo.

#### RASGOS CULTURALES DE LOS GUAYCURAS

De los varios testimonios que podrían aducirse, de quienes en fecha temprana establecieron contacto con grupos guaycuras, citaré aquí uno debido al célebre capitán Sebastián Vizcaíno. Fue él quien, en su primer viaje de 1596, cambió el nombre de bahía de Santa Cruz por el de bahía de La Paz. La razón por la que así designó a dicho puerto y bahía la da él mismo: los indios allí lo recibieron en son de paz. Acudamos a la descripción que él hace:

Vi cantidad de indios desnudos, en cueros, sin género de cubierta ni vestido, notablemente grandes de cuerpo y bien hechos, con arcos y flechas y varas tostadas, cuyas puntas son a manera de dardos y de largo de medias picas[...]

Los cuales, arrimando sus armas a unas mozas, se vinieron para nosotros haciendo señales de amistad y convidándonos a su tierra[...]

La gente es tan bestial y bárbara que, en pie o sentados o como quiera que les toma la gana, acuden a todas las necesidades de naturaleza sin género de melindre ni respeto, y su lenguaje es tan bárbaro que más parece balido de carnero que habla de gente[...]

Trajeron este día los indios algunos presentes de frutas de la tierra que eran pitahayas y unas frutillas redondas[...], regaláronme asimismo con lagartos y culebras muertas, comida que entre ellos debe estimarse mucho, señal que para nosotros fue manifiesto indicio de la miseria y esterilidad de la tierra. Otras frutas trajeron trianguladas, del tamaño de garbanzos y del mismo sabor de avellanas.<sup>13</sup>

Información más detallada acerca de los guaycuras encontramos en las relaciones del astuto capitán Francisco de Ortega. Él, que estuvo en la bahía de La Paz varias veces a partir de 1632, se muestra aficionado a estos indios y habla ampliamente del modo como se adornaban hombres y mujeres, de sus distintas parcialidades y enfrentamientos, de sus habilidades como pescadores y aun del modo como disponían de sus muertos. A quienes se interesen en conocer estos relatos del capitán Ortega remito al trabajo que acerca de él he publicado.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Sebastián Vizcaíno, "Relación", 8 de diciembre 1596, en Archivo de Indias, Sevilla, *Audiencia de Guadalajara*, 133, y publicado en: Álvaro del Portillo y Díez de Sollano, *Descubrimientos y exploraciones de las costas de California*, Madrid, Escuela de Estudios Hispánicos de Sevilla, 1947, Apéndice I, pp. 293-299.

<sup>14</sup> Véase Miguel León-Portilla, "El ingenioso don Francisco Ortega, sus viajes y noticias californianas, 1632-1636", *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM-IIIH, 1970, vol. III, pp. 83-128 y que se incluye asimismo en este libro, véase el capítulo X [N.E.].

Obviamente son los misioneros los que más copiosa información proporcionan sobre los guaycuras y todos los otros californios. Así, debemos también a la recopilación hecha por Venegas, noticias tocantes a las creencias que mantenían, por lo menos algunas de las ranherías guaycuras:

[...]dicen pues que en el cielo, hacia la parte del norte, hay un espíritu principal que llaman Gumongo. Este envía las enfermedades, y en tiempos pasados envió a otro espíritu a que visitase la tierra, a quien llaman Guyiagui. Cuando éste vino, fue sembrando la tierra de pitahayas [...] y componiendo los esteros de la costa del golfo, hasta llegar a una gran piedra en un estero muy capaz, cerca de Loreto, que hoy llaman los españoles Puerto Escondido, donde hizo su mansión por algún tiempo.

Aquí otros espíritus inferiores que le servían le traían pitahayas para comer, y peces[...] La ocupación de Guyiagui era hacer vestidos para sus sacerdotes[...], formados por los cabellos que le ofrecían.<sup>15</sup>

Y se añade luego que Guyiagui continuó sembrando pitahayas y abriendo esteros. Para sus sacerdotes, llamados Dicuinochos, dejó pintada una tabla que debían usar en las fiestas y ceremonias. De gran interés resulta el pequeño texto que acompaña luego a la relación anterior. Dicho texto se ofrece como transcripción de algo de lo que decían los Dicuinochos o sacerdotes indígenas:

[...]el sol, la luna y los luceros son hombres y mujeres. Todas las noches caen al mar del poniente y se ven obligados a salir a nado por el oriente. Las otras estrellas son lumbres que enciende en el cielo Guyiagui. Aunque se apagan con el agua del mar, al día siguiente las vuelve a encender por el oriente.<sup>16</sup>

Respecto de otros rasgos de la cultura propia de los guaycuras, coinciden los cronistas en señalar que guardaban considerable semejanza con los de los pericúes. Cabe notar, sin embargo, que de esos testimonios también se desprende que la organización social de los guaycuras en sus ranherías tenía menos cohesión que entre los pericúes. Para una descripción pormenorizada de las formas de existencia guaycura, sobre todo las que prevalecían en el ámbito tan hostil en que se erigió la misión de San Luis Gonzaga, debe acudirse como fuente imprescindible, a la obra de Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*. Si bien el padre Baegert ha sido acusado de presentar una especie de leyenda negra acerca de estos californios, es indudable que reunió información de muy grande interés. A propósito de “los bienes y utensilios, y del trabajo y actividades de los californios”, la información que proporciona Baegert incluye, entre otras cosas, lo siguiente:

<sup>15</sup> Miguel Venegas, *op. cit.*, p. 90.

<sup>16</sup> *Ibid.*

Sus enseres de casa, si he de llamarlos así, son arcos y flechas; una piedra en lugar de cuchillo; un hueso o madero puntiagudo para sacar raíces; una concha de tortuga que hace las veces de canasta y de cuna; una tripa larga o vejiga para acarrear el agua o llevarla durante el camino y, finalmente, si la suerte ha sido benigna, un pedazo de tela tan rala como red de pescador y hecha de la fibra del maguey mencionada, o un cuero de gato montés para guardar o cargar las provisiones, los huaraches o cualesquier andrajos viejos y asquerosos.<sup>17</sup>

A pesar de lo precario del conjunto de estos utensilios, reconoce Baegert que, con ellos, “los californios pasan los días de su vida en perfecta salud y con más sosiego, tranquilidad y buen humor que miles y miles de hombres en Europa que nunca ven el fin de sus riquezas[...]” De modo particular describe luego cómo fabrican sus arcos y flechas, que tanto usaban a lo largo de su vida. Mientras esto correspondía a los hombres, sus compañeras, “las mujeres[...] no se ocupan de otra manera que con la hechura de las mencionadas enaguillas para sí y para los suyos. En cuanto a la cocina, cada quien es su propio cocinero[...]”

Dando remate a su exposición tocante “al trabajo y actividades de los californios”, con su sentido burlón, asienta Baegert: “no hacen otra cosa[...] que buscar sus alimentos y comérselos, dormir, platicar y holgazanear[...]”<sup>18</sup>

#### EL ÁMBITO DE CULTURA COCHIMÍ

Como ya se dijo, desde el norte de la misión y presidio de Loreto hasta el extremo septentrional del estado de Baja California, todos los diversos grupos indígenas eran de filiación lingüística yumana. Ahora bien, además de la distinción principal que se ha notado ya entre yumanos propiamente dichos, consta por el testimonio de los misioneros que en uno y otro de tales grupos existían numerosas variantes. Por lo que toca a los cochimíes yumano-peninsulares, autores como Miguel del Barco señalan la existencia de formas dialectales como las que, en función de las correspondientes misiones, se nombraban javiereño, cadegomeño, de Comondú, de Santa Gertrudis, borjeño, etcétera.

Tomando en cuenta lo vasto del territorio en que vivían estos distintos grupos, no es extraño que se hubieran desarrollado todas esas variantes dialectales. Por otra parte, había asimismo diferencias en las formas de cultura. La gran variedad de ámbitos geográficos, con características muy

<sup>17</sup> Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, con estudio introductorio de Paul Kirchhoff, traducción de Pedro Heindrich, México, Antigua Librería de Robredo, 1942, p. 85.

<sup>18</sup> Juan Jacobo Baegert, *op. cit.*, p. 87.

distintas entre sí, fue factor de importancia en los procesos de diversificación cultural. Como ejemplo, puede pensarse en ámbitos tan diferentes como los del gran Desierto Central, desde el norte de la misión de San Ignacio Kadaakamang hasta casi el paralelo 30° de latitud norte; las regiones de la costa, como las bahías de las Ánimas y de los Ángeles; la vertiente occidental, cruzada por varios arroyos que se forman en las sierras de San Pedro Mártir y Juárez, desde el sur de El Rosario hasta el lugar de la última misión dominica en el norte de la península.

Una muestra del tipo de estudios que pueden realizarse en áreas como estas y otras que no he mencionado, la da el excelente trabajo de Homer Aschmann, *The Central Desert of Baja California*.<sup>19</sup> Tan sólo investigaciones como ésta, en las que se tomen en cuenta las fuentes etnohistóricas, los recursos naturales, los vestigios arqueológicos y otros elementos asimismo de interés, pueden llegar a ofrecer un panorama más adecuado de las formas de existencia de los distintos grupos yumanos. Aquí me limitaré a presentar algunas noticias de exploradores y misioneros que de algún modo muestran aspectos sobresalientes de estas culturas aborígenes. Debemos al capitán Francisco de Ulloa un primer testimonio acerca de los indígenas cochimíes con los que estableció contacto en sus exploraciones hasta el Ancón de San Andrés, en 1539. Después de haber llegado casi hasta la boca del Colorado y de regreso hacia el sur, al parecer poco más abajo de la isla de San Lorenzo, se encontró con algunos cochimíes, de los que hace la siguiente descripción:

Se adelantó el más viejo y se vino para nosotros poniendo la mano ante los ojos como a quien le quita la vista al sol[...] Él y los demás eran gentes desnudas y sin ninguna vestidura, ni ropa ni cobertura; estaban trasquilados, las trasquiladas de dos o tres dedos en largo. Tenían un cercadillo de unas mantillas de yerbas, sin ninguna abertura en lo alto, en que estaban aposentados, diez o doce pasos de la mar; no les hallamos dentro ningún género de pan ni cosa que se le pareciese, ni ningún otro mantenimiento sino pescado, de que tenían alguno que habían muerto con unos cordeles que tenían bien torcidos y con unos anzuelos gordos de huesos de tortuga vueltos con fuego, y con otros más pequeños de unas espinas de yerbas.

Tenían el agua que bebían en unos buches; creíamos que debían de ser de lobos marinos. Tenían una balsilla pequeña de que se debían servir para sus pesquerías, la cual hecha de caña y hecha de tres haces de atados y bien cada uno por sí, y después todos tres juntos el de en medio mayor que el de los lados; remábanla con un palillo delgado, de poco más que de media braza, y dos palillas mal hechas, a cada cabo la suya. Pareciénonos que era gente sin ningún asiento, y de poca razón.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Homer Aschmann, *op. cit.*

<sup>20</sup> Francisco de Ulloa, *op. cit.*, pp. 192-193.

Esta descripción de indígenas que habitaron en el actual estado de Baja California, de fecha tan temprana como 1539, puede compararse con otro relato, también de grande interés, en el que otro capitán explorador habla de lo que otro grupo de españoles pudo contemplar, tan sólo un año más tarde, en 1540, en sitio bastante alejado y que coincide con lo que hoy se conoce como el valle de Mexicali. El testimonio lo debemos a Pedro Castañeda de Nájera que había marchado en la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, realizada por orden del virrey Mendoza. Castañeda de Nájera entró con el capitán Melchor Díaz por tierras de lo que hoy es el noroeste de Sonora, en octubre de 1540, cruzó el Río Colorado y estableció contacto con indígenas yumanos, casi seguramente cucapás. De hecho su testimonio es el más antiguo que se ha puesto por escrito sobre el área, hoy con grandes cultivos agrícolas, en medio de la cual se levanta Mexicali. Veamos lo que acerca de los yumanos notó Castañeda de Nájera:

Eran gentes demasíadamente altos y membrudos, así como gigantes, aunque gente desnuda que hacían su habitación en chozas de paja, largas a manera de zahurdas, metidas debajo de tierra, que no salía sobre la tierra más de la paja. Entraban por la una parte de largo y salían por la otra. Dormían en una choza de más de cien personas, chicos y grandes. Llevaban de peso sobre las cabezas, cuando se cargaban, más de tres y de cuatro quintales.

Vióse querer los nuestros traer un madero para el fuego y no lo poder traer seis hombres, y llegar uno de aquellos y levantarlo en los brazos y ponérselo él solo en la cabeza y llevarlo muy livianamente. Comen pan de maíz, cocido en el rescoldo de la ceniza, tan grandes como hogazas de Castilla grandes.

Para caminar de unas partes a otras, por el gran río, sacan tizón en una mano, con que se van calentando la otra y el cuerpo, y así lo van trocando a trechos. Y por esto, a un gran río que va por aquella tierra, lo nombran el río del Tizón. Es poderoso río y tiene de boca más de dos leguas. Por allí tenía media legua de travesía[...]<sup>21</sup>

Nota Castañeda de Nájera de estos indios que comían “pan de maíz, cocido”. Sabemos de hecho que grupos yumanos en las inmediaciones del Colorado practicaban ya, por lo menos desde el siglo VIII d.C., varias formas de agricultura. Este testimonio puede complementarse con lo asentado por otros cronistas y exploradores que notan que tales grupos tenían diversos cultivos y producían cerámica. Tal cosa constituía notable excepción en todo el ámbito de la península californiana, ya que ni los cochimíes ni los guaycuras y pericúes habían alcanzado tal nivel de desarrollo cultural.

<sup>21</sup> Pedro Castañeda de Nájera, “Relación de la jornada de Cibola”, publicado en edición bilingüe en George Winship, *14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, 1896, parte I, pp. 414-469.

Respecto de los yumanos propiamente dicho no volvió a tenerse noticias sino hasta épocas bastante posteriores. Por una parte están algunas referencias proporcionadas por el gran explorador jesuita Eusebio Francisco Kino y mucho después por el franciscano Francisco Garcés. En cambio, de los cochimíes se posee información más continuada, ya que algunos de los navegantes y exploradores a lo largo del XVII y luego los jesuitas en buena parte del XVIII mantuvieron con ellos más estrechas formas de contacto. Desde muy poco tiempo después del desembarco de los jesuitas en Loreto, en 1697, el padre Francisco María Pícolo describe en varias cartas e informes rasgos de la cultura de los cochimíes. Otro tanto hicieron distintos misioneros y, de modo muy especial, Miguel del Barco que vivió entre los cochimíes por cerca de treinta años. Aquí citaré la descripción que ofrece Pícolo de la gran fiesta de la distribución de las pieles de los venados que habían cazado.

[...]reparé, de nuevo, en los llanos unos caminos limpios, anchos y largos; y, al remate, una choza o casa redonda, bien formada. Y, como vi varios por donde pasábamos, pregunté después qué era aquello, y qué ceremonias hacían en aquellos caminos y casas. Y me respondieron que en ellos se hacían las fiestas de las pieles de venados. Consiste esta fiesta (que llaman en su lengua *Cabet*), en juntarse varias rancherías, en un tiempo determinado, cada año, en que traen todas las pieles de los venados que han muerto en aquel año. Las tienden como alfombras en estos caminos anchos y largos; y, tendidas, van entrando los principales caciques en la casa; y, sentados, van chupando. Y a la puerta está parado el hechicero, predicando las alabanzas de los matadores de venados. Entre tanto, los indios van dando carreras como locos sobre las pieles. Alrededor de esta calle, están mujeres bailando y cantando.

Cansado ya de hablar el predicante, paran las carreras y salen los caciques a repartir las dichas pieles a las mujeres para vestuario de aquel año. Aquí las mujeres no usan naguas de carrizo, como en nuestras misiones y pueblos, sino de hilo de mescal, y llevan todas sus mantellillas de pieles de liebres y conejos.<sup>22</sup>

Así como debemos a Pícolo esta imagen de la fiesta del *Cabet*, también hemos de agradecer a Miguel del Barco el gran cúmulo de información sobre los hábitos, alimentos, armas, condición natural, fiestas, religión y lengua de los cochimíes. De lo mucho que acerca de todo esto aporta el padre Barco entresacaré algunos datos particularmente interesantes sobre las que pueden llamarse formas de subsistencia de los cochimíes. Respecto de los lugares donde habitaban los distintos grupos nos dice:

<sup>22</sup> "Carta al hermano Jaime Bravo", 18 de diciembre, 1716, en Francisco María Pícolo, *op. cit.*, pp. 193-194.

Moraban juntos los de cada ranchería en los parajes donde los forzaban a vivir la precisa necesidad y los pocos agujeros que hay en la tierra; pero fácilmente mudaban de rancho, según la precisión de ir a buscar su sustento en otros lugares. Dondequiera que paraban se acogían a la sombra de los árboles[...] En el rigor del invierno vivían algunos en cuevas subterráneas que formaban o que les ofrecían en sus grutas los montes[...] Sus casas se reducen a un cercadillo de piedras superpuestas, en algunas partes de media vara de alto, y una en cuadro, sin más techo que el cielo. Casas verdaderamente tan estrechas y pobres que en su comparación pueden llamarse palacios las sepulturas. Dentro de estas casas no caben tendidos y les es forzoso dormir sentados dentro de aquel recinto. Mas esto deberá entenderse de alguna u otra ranchería, o acaso de alguna u otra persona[...] Pues por lo común eran estos cercadillos de más de dos varas de diámetro, de suerte que por menos cabían dentro marido, mujer y los hijos pequeños. Eran redondos y de tres palmos o más de altos[...]<sup>23</sup>

Los integrantes de cada ranchería, es decir el conjunto de familias emparentadas entre sí, dentro de un esquema de linaje patrilineal, solían tener una zona más o menos circunscrita, por la que andaban vagueando, practicando la recolección y la caza. Como lo había notado ya Baegert respecto de los guaycuras, también nos dice Barco que esa condición seminómada no resultaba difícil a los integrantes de las varias rancherías puesto que “los utensilios de los californios se reducen a tan corto número que, cuando se resuelven a mudar de vivienda, los llevan todos consigo, cargados en las espaldas[...]”

Entrando ya en algún detalle, describe así este cronista cuáles eran los principales utensilios de los cochimíes:

Se reducen a una batea grande que, en su hechura y tamaño, es como un platón grande, una taza u hortera, como copa de sombrero, aunque algunas son puntiagudas; un hueso que les sirve de alesna[...]; un palillo pequeño para hacer lumbre; una red de pita grande en que las mujeres cargan todo cuanto tienen que cargar, exceptuando la leña; otra, en forma de bolsa, que usan los hombres para recoger en ella las pitahayas en su tiempo, o raíces u otra cosa que ofrece la estación o la casualidad; dos tablitas de menos de un palmo de largo y medio de ancho, formadas de cierta pequeña palma, entre las cuales guardan las plumas de gavilán para que no se ajen y les sirvan para las flechas; algunos pedernales para ellas y finalmente el arco y las flechas, a lo que algunos, más delicados y prevenidos, agregan una concha para beber. Los que viven en las playas tienen, además de esto, algunas redes grandes para pescar.

Las mujeres cargan estos trastos cuando van de una parte a otra. Los hombres sólo llevan el arco y las flechas, por lo menos en las misiones antiguas. En las muy nuevas y en su gentilidad, solían llevar también los nervios de venado para los arcos. Mas, porque no tenían donde guardarlos, y por ir

<sup>23</sup> Miguel del Barco, *op.cit.*, pp. 188-189.



desembarazados y libres, se agujeraban las orejas y de ellas colgaban como arracada un cañuto de carrizo en que los metían. También suelen llevar los hombres el palillo con que sacan lumbres[...]<sup>24</sup>

Tratando de las formas como practicaban la recolección y la caza, formas principales de obtener su sustento, proporciona Barco otras noticias de considerable interés:

El tiempo de las cosechas de las pitahayas era como el tiempo de su vendimia. En él estaban más alegres y regocijados que en todo lo restante del año[...] Así estos naturales salen de sí, entregándose del todo a sus fiestas, bailes, convites de rancherías distantes y sus géneros de comedias y bufonadas que hacen, en que suelen pasarse las noches enteras con risadas y fiestas, siendo los comediantes los que mejor saben remedar, lo cual hacen con grande propiedad.<sup>25</sup>

Tanta importancia tenía para ellos el fruto de la pitahaya que, como lo asienta Barco; “es digno de memoria y quizás nunca oído de otra nación, el modo que tenían de aprovecharse de la pitahaya, haciendo de ella dos cosechas, cogiéndola una sola vez del árbol”. La dicha práctica de las dos cosechas, descrita con grandes pormenores por nuestro cronista, consistía, en primer lugar, en la recolección y consumo de la fruta en forma normal. Sólo que, para hacer posible la que Barco llama “segunda cosecha”, “cada familia prevenía un sitio cerca de su habitación en que iban a deponer la pitahaya después de digerida, según orden natural; y para mayor limpieza ponían en aquel sitio piedras llanas o hierbas largas y secas o cosa semejante en que hacer la deposición sin que se mezclase con tierra o arena”.

A su debido tiempo, seco ya el excremento y en él las semillas de la pitahaya que formaban parte de la deposición, las mujeres las recogían. Luego las desmenuzaban hasta reducirlas a polvo y, más tarde puestas en una batea, las tostaban como otras semillas que consumían también. El polvo así tostado era atractivo manjar, obtenido de lo “que en la California suelen llamar la segunda cosecha de las pitahayas”.

Acudir a los testimonios de Barco, es enterarse de prácticas como ésta y también de otras muchas relacionadas con otras frutas, hierbas y semillas, obtenidas asimismo por la recolección y que constituían parte importante en la dieta de estos indígenas. La cacería y la pesca son también objeto de descripción del meticoloso jesuita que convivió con los cochimíes muchos años. Veamos lo que refiere acerca de las formas como atrapaban liebres y venados:

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 192.

El modo que observan los hombres en sus cazas es éste. En algunas partes cazan las liebres matándolas con flechas, en otras usan para esto de redes, haciendo con ellas un medio redil. Espantan las liebres de las cercanías, las cuales, subiendo, van a tropezar con las redes, en las cuales se embarazan, se enredan y las cogen. En algún paraje del norte las cazan tirándole cierto palito, que tienen para este fin, el cual va arrastrando por la tierra y llega con ímpetu a la liebre, que huye, la quiebra a los pies, y entonces la cogen.

En las cazas de venado observan el modo común de otras naciones: unos van a aventar y espantar los venados para que huyan hacia donde están los otros aguardando el lance para flecharlos. Mas lo que sigue es particular de los californios. Cuando matan un venado, se juntan todos los compañeros que fueron a la caza y, mientras unos desuellan y abren la caza, otros hacen lumbre.

Sacan los intestinos, vacían la panza con lo demás de aquella inmundicia que contiene, sacudiéndola un poco y sin más lavatorio, pues no suele haber agua en tales parajes, echan al fuego todo esto para comer prontamente. Y estando medio asado, o mejor diré, poco más que chamuscado, lo comen con gran gusto, sin más sal ni más salsa que la grande hambre que tienen, la mucha ceniza que se pegó al asado y la inmundicia que no cayó a tierra con las sacudidas ligeras, que dieron a la panza, de lo cual ellos hacen poco caso. Luego reparten entre todos los presentes la carne, la piel es del que mató el venado, y con esto se vuelven a su pueblo o ranchería.<sup>26</sup>

Dato de interés es el que proporciona en relación con los cochimíes del rumbo de San Borja. De ellos narra que en sus cacerías de venados, “para facilitarlas, usan algunos ponerse sobre su cabeza otra de una venada antes muerta, que guardan para este fin. El hombre esconde su cuerpo entre pequeños matorrales, de suerte que sólo descubra la postiza cabeza de venada, moviéndola de modo que desde lejos parezca viva. Viéndola los venados, acuden, y estando a tiro seguro, les disparan la flecha”. Este interesante dato etnográfico, evoca de inmediato el paralelo bien conocido de la cacería de los venados entre yaquis y mayos de Sonora y Sinaloa.

Habla también Barco de las maneras como los playanos, es decir los habitantes de las costas, practicaban la pesca.

tienen la facilidad de pescar en uno y otro mar, que abundan de diversas especies de peces muy buenos, y como por esta parte la tierra es muy angosta, aun los que viven en medio pueden ir a la playa en medio día. Los playanos y los cercanos a ellos claro está que tienen mayor comodidad para la pesca.

Los indios[...] pescan con redes o ya con atajar alguna parte del estero con palos y ramas cuando ha subido la marea, para que, al bajar ésta, se halle el pescado en poca agua. Y queda en tanta abundancia, que fácilmente cogen mucho. Como esta costa es muy brava, es natural que los peces se retiren a los esteros y otros parajes algo abrigados de los violentos golpes de las olas, que tanto más abundan allí, cuando escasean en la costa sin abrigo.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 205-206.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 354.

En otro lugar de su obra, al hablar de algunos de los pericúes, nota también que:

[...]hacen sus balsas de estos palos (unos a los que llaman “corcho” por ser de madera muy ligera), que tengan cosa de dos varas y media de largo. Todo su artificio se reduce a juntar cinco palos, pero de suerte que el que va en medio sea más largo que los laterales, con lo cual forma una especie de proa[...] Estas balsas las hacen para pescar, sobre ellas se ponen, y se apartan a veces de la playa por gran trecho, acaso de una legua o más, según hallan el pescado que prenden con fisga o arpón[...]<sup>28</sup>

Así como es rica esta obra en noticias etnográficas tocantes a formas de vida, alimentación, utensilios, fiestas y otros aspectos de la cultura de los californios, proporciona también datos de mucho interés acerca de ritos y creencias. Transcribiré sólo algo de lo más sobresaliente en punto a creencias religiosas de los cochimíes.

[...]dicen que en tiempos pasados vino del cielo un hombre para bien de su país, y así lo llaman el hombre venido del cielo y en su lengua *Tama Ambei Ucambí Tecuibui*[...] Su memoria la celebran sus gentiles con una fiesta que llaman del hombre venido del cielo[...] Fabrican una casa de ramas, esto es de enramada. Algunos días antes de la fiesta hacen trabajar mucho a las mujeres para que busquen y recojan de sus pobres comidas en abundancia para recibir y regalar al hombre venido del cielo[...] El cual llegado, disfrazan a un mozo pintándole su rostro o afeándolo con colores para que no sea conocido. Y cubren algo su cuerpo con pieles.

Éste se esconde detrás de un cerro, que no esté lejos de la casa, en la cual están los hombres de la rancharía para hacer el recibimiento. Las mujeres y muchachos se colocan lejos de la casa, pero a vista de ella y del cerro. Cuando el disfrazado conoce que es tiempo, o se le hace alguna señal, sale corriendo de su escondite y baja del cerro a carrera abierta, sin parar, hasta la casa preparada, donde lo reciben los hombres y presentan variedad de comidas. El descansa y come, y los hombres comen con él o guardan para comer después lo que les sobra, que es mucho de todo. Habiendo estado el tiempo competente dentro de la casa, sale de ella para volverse a su escondrijo y, a vista de todos, va subiendo al cerro, como quien se vuelve al cielo.<sup>29</sup>

Así como ésta, había otras celebraciones, entre ellas la que también describe Barco “en conmemoración o visita de sus difuntos”.

De los elementos asociados a las creencias religiosas o mágicas de los cochimíes sobresalen el uso de amuletos, capas de pelo, tablas talladas con dibujos, especie de pelucas a modo de máscaras, pipas tubulares de piedra, ciertos idolillos tallados en madera o figuras forma-

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 69-70.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 355.

das toscamente con ramas o zacate. De interés es también recordar que había entre ellos unas especies de sociedades secretas, para miembros del sexo masculino, sometidas muchas veces a la autoridad de los hechiceros y capitanes.

Los cochimíes, de modo muy semejante al caso de guaycuras y pericúes, se vieron muy hondamente afectados en sus formas de existir y pensar como consecuencia del establecimiento de las misiones. Antes del contacto con los jesuitas, transcurría su vida de recolectores, cazadores y pescadores sin otras obligaciones ni medidas del tiempo que aquéllas que se relacionaban precisamente con sus afanes para subsistir. Como lo consigna Miguel del Barco, al dividir el año en seis partes, lo hacían en función sobre todo de la abundancia o carencia de los frutos que podían recoger y de las inclemencias o periodos más favorables de tiempo. Tales divisiones del año se vinculaban también con los momentos en que solían celebrar sus fiestas de contenido mágico y religioso, como la que dedicaban a sus muertos o aquélla en que hacían el reparto de pieles de venado y otras en honor de los espíritus o dioses venerados por ellos.

La presencia de los misioneros significó sobre todo, verse sometidos a un régimen que debió resultarles incomprensible. Implicaba éste su concentración en el recinto de la misión, obligados a una serie de actividades antes desconocidas, siguiendo ajustadas reglas y cambios de ocupación que se indicaban a lo largo del día por medio de múltiples toques de campana. Tan grave como esta alteración en la existencia de quienes por milenios habían vivido en libertad, moviéndose a su antojo de un lugar a otro, era también el hecho de que, cuando los grupos comenzaban de algún modo a adaptarse al régimen que prevalecía en la misión, se les hacía salir luego de ella por algunas semanas o meses para proceder a la catequización de los miembros de otras ranherías. De esta suerte se imponían a los indígenas procesos de aculturación inducida que después tenían que ser interrumpidos, debido a la limitación de recursos económicos que impedía a la misión acoger permanentemente a los miembros de todas las ranherías cercanas.

Al traumatismo psíquico que debió producirse en los indígenas como consecuencia de estas violentas alteraciones en su modo de ser, deben sumarse las varias epidemias, sobre todo de viruela y de enfermedades venéreas, que de manera alarmante diezmaron a la población nativa. De acuerdo con un estudio de S.F. Cook,<sup>30</sup> “entre 25 y 40% de la declinación demográfica en Baja California puede atribuirse directamente a las epidemias”.

Otro factor, también muy adverso, que afectó por igual a grupos cochimíes y a otros del sur, fue el de los traslados forzosos de nativos de

<sup>30</sup> Sherburne F. Cook, *op. cit.*, p. 36.

una misión a otra, ordenados poco después de la salida de los jesuitas por el visitador José de Gálvez. En el sur dispuso éste que se suprimieran las antiguas misiones de San Luis Gonzaga y Dolores, ya muy menguadas, mandando que los indios que en ellas vivían fueran llevados a la misión de Todos Santos. A su vez los de ésta, casi todos enfermos de males venéreos, pasaron a Santiago.

Cambio también en extremo brusco fue el de los cochimíes de San Javier Biggé obligados a marchar a San José del Cabo. A su vez, de las misiones de Santa Gertrudis y de Guadalupe salieron nativos con rumbo a las de La Purísima y Comondú. Tan absurda debió parecer a los misioneros esta serie de traslados —concebidos por Gálvez para concentrar a los indígenas que aún quedaban— que fray Fermín de Lasuén, que tenía a su cargo la misión de San Borja, se negó a cumplir la orden, verdaderamente increíble, que se le daba de enviar los indígenas de ese lugar hasta San José del Cabo.

Lo dispuesto por Gálvez tuvo como principal consecuencia acelerar aún más la disminución de los indígenas. En tanto que esto ocurría en diversos lugares del área donde antes habían laborado los jesuitas, muy poco tiempo después, y también como resultado en buena parte de los proyectos de Gálvez, la actividad de otros misioneros se dejó sentir entre comunidades indígenas situadas más al norte, con las que hasta entonces sólo se habían tenido contactos muy transitorios. De esos grupos norteños trataré a continuación.

#### LOS GRUPOS DEL EXTREMO NORTE

Los indígenas de los que hablaré son los que vivían desde aproximadamente el paralelo 30° de latitud norte hasta la actual frontera con los Estados Unidos. Dentro de tal territorio pueden distinguirse tres subáreas principales, pobladas por indígenas que, aunque emparentados lingüísticamente, presentaban importantes diferencias en sus respectivas culturas. Por una parte están los grupos que vivían principalmente en las cercanías de algunos de los arroyos que, naciendo en las sierras de San Pedro Mártir y Juárez, cruzan la planicie costera hasta desembocar en el Pacífico. Por otra, hay que mencionar a quienes habitaban en varios lugares de las sierras que acabo de mencionar. Finalmente, situados en un ámbito geográfico completamente distinto, existían los grupos que residían cerca de la desembocadura del Colorado y en las estribaciones orientales de algunas ramificaciones de la Sierra Juárez.

De manera general puede afirmarse que consta por los relatos de algunos exploradores, y luego también por las noticias de misioneros fran-

ciscanos y dominicos, que en estas regiones septentrionales de la península los indígenas eran relativamente numerosos. Con excepción de aquellos que vivían en las inmediaciones del Colorado, todos los demás se mantenían, como en el caso de los habitantes del sur, de la recolección, la caza y la pesca. Desde un punto de vista lingüístico, quienes vivían en el sur de esta área norteña, es decir, en las cercanías de la misión que llevó el nombre de San Fernando Velicatá, parecen haber estado más directamente emparentados con los cochimíes. En cambio, las diversas ranherías, entre las que luego establecieron los dominicos sus misiones, desde la de El Rosario en el sur, hasta la del Descanso en el norte, hablaban variantes de filiación yumana. Lo mismo puede decirse de los grupos que se hallaban en las sierras y en las inmediaciones del Colorado.

Con base en las noticias proporcionadas por algunos dominicos y en las investigaciones etnohistóricas, algunas muy recientes entre los sobrevivientes de esos antiguos pobladores, pueden establecerse las siguientes identificaciones:

En la porción suroeste del territorio de que tratamos, es decir, en el área donde se levantaron las misiones de El Rosario, Santo Domingo, San Telmo, hasta llegar a la de San Vicente, incluyendo probablemente también, en la sierra, el sitio donde se erigió la misión de San Pedro Mártir, habitaban gentes conocidas con el nombre de ñakipas o yakakwal. El nombre de ñakipa significa “el pueblo del oeste”. Peveril Meigs en su obra *The Kiliwa Indians of Lower California*,<sup>31</sup> afirma que todavía en 1929 quedaba una mujer ñakipa que vivía cerca de la misión de San Vicente.

Al norte del grupo mencionado, había diversos *shamules*, especie de clanes o conjuntos de personas vinculadas por parentesco, de filiación lingüística diegueña. Reciben este nombre los nativos hablantes de una lengua parecida a la de quienes fueron evangelizados en la misión de San Diego de Alcalá, al sur de la Alta California. Al gran conjunto de *shamules*, desde el norte de la misión de San Vicente hasta la línea fronteriza, incluyendo buena parte de la zona montañosa, suele describirseles como hablantes de “diegueño del sur”. En la actualidad hay algunos sobrevivientes en la llamada Huerta de los Indios y San José de la Zorra. Con frecuencia se les designa con el nombre de *tipais*. Otros nombres que se ha dado en diversos tiempos a distintas ranherías de esta misma filiación lingüística son los de *kwatl*, *jatlan*, *k'miai*, así como, aunque impropriamente, el de “cochimíes”.

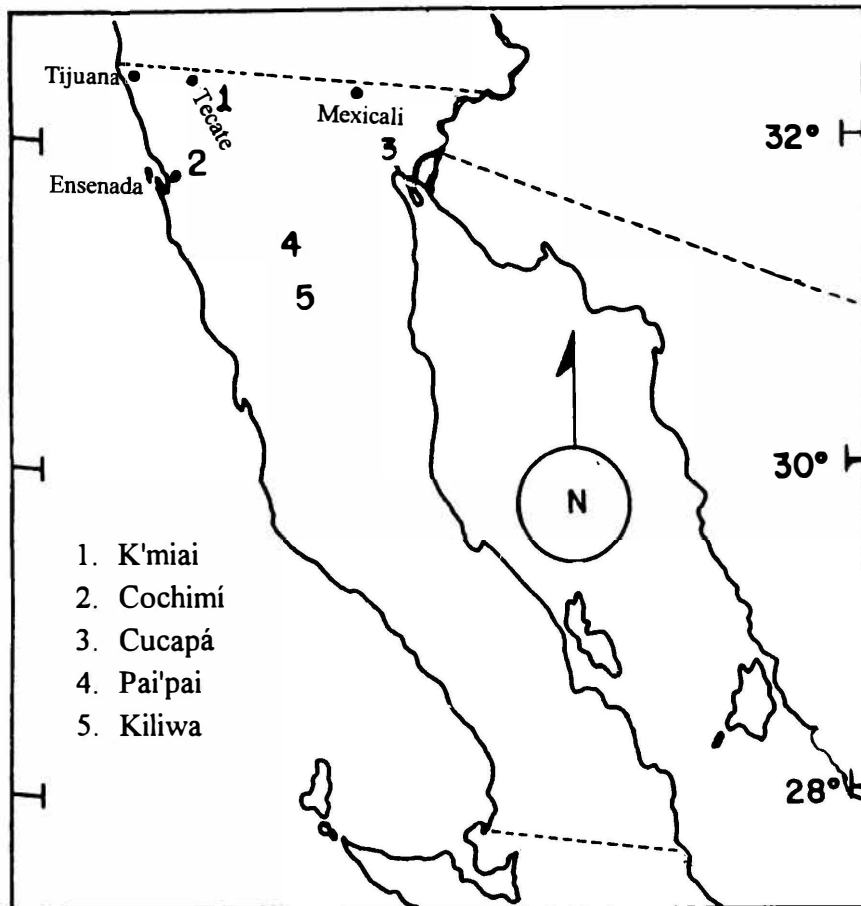
Habitantes de la sierra, “montañeses”, como los llama Anita Álvarez de Williams en su obra *Primeros pobladores de la Baja California*, son

<sup>31</sup> Véase, Peveril Meigs III, *The Kiliwa Indians of Lower California*, Berkeley, The University of California Press, 1939.

los *paipais* o *akwa'ala*. Vivían éstos, de tiempo atrás, cerca del lugar donde fundaron los dominicos la misión de Santa Catalina. De estos indígenas sobreviven unos cuantos en esa área y, más al norte, en varias rancherías.

También “montañeses” son los kiliwas, cuyas tradiciones han sido estudiadas por el citado Meigs, y más recientemente por Jesús Ángel Ochoa Zazueta y por Mauricio Mixco que ha publicado diversos estudios, principalmente sobre su lengua. La mayor parte de los supervivientes kiliwas habita en el lugar que se conoce como Arroyo de León.

Finalmente, al este de la sierra Juárez, cerca de la desembocadura del Colorado, se localizan los cucapás. Los integrantes de este grupo solían residir una parte del año en las inmediaciones del Río Colorado y otra,



Grupos indígenas actuales.

durante lo más fuerte del verano, en las faldas de la que se conoce como sierra de los Cucapás. En tanto que los varios grupos de la planicie costera y de las sierras fueron objeto de la actividad misionera de los dominicos, desde que ésta se inició en 1772, hasta casi mediados del siglo XIX, los cucapás resistieron de diversas formas a la presencia de quienes pretendían evangelizarlos.

Peveril Meigs, en su ya citada obra sobre la frontera dominica en la Baja California, describe la que llama “cultura premisional”, es decir, las formas de vida de las rancherías indígenas, excepción hecha de los cucapás. Apoyado en los datos que proporcionan algunos dominicos en sus cartas e informes y en lo que registró fray Luis de Sales en sus *Noticias de la provincia de California*, trata de modo especial acerca de la organización social y formas de subsistencia de estos indígenas. Respecto de la organización social consta que las varias rancherías, con asentamientos semi-estables, estaban compuestas por varias familias emparentadas entre sí que vivían en chozas o jacales hechos de ramas. Con el cambio de estaciones algunas de esas rancherías buscaban mejores sitios de asentamientos. Así, por ejemplo, al tiempo de la cosecha de piñones, en el otoño, algunos de estos indígenas subían en busca de tales frutos a la sierra. De modo general puede afirmarse que su sustento provenía de la recolección. Como en el caso de los cochimíes, estimaban también estos grupos el cogollo del mezcal que preparaban, enterrándolo al modo de una barbacoa. Quienes vivían cerca de las costas, disponían de balsas, hechas de carrizos, y con ellas salían a pescar. En ocasiones practicaban también la cacería de las nutrias. Como lo nota el mismo Meigs, las varias rancherías estaban gobernadas por su correspondiente jefecillo. Había asimismo, individuos que actuaban como sacerdotes o hechiceros. Si bien en algunas fiestas se reunían miembros de varias rancherías, no era raro que surgieran también entre ellos las discordias.

Como en el caso de los cochimíes al sur, también el establecimiento de las misiones entre todos estos grupos, marcó el inicio de su declinación demográfica. En tal sentido la experiencia del contacto en el ámbito de Baja California se presenta como caso de confrontación cultural digno de mayor estudio. Las diferencias en los niveles de desarrollo de las culturas a las que pertenecían, por una parte los indios, y por otra los misioneros, eran extremadamente grandes. En tanto que los nativos mantenían formas de vida que recuerdan las del paleolítico superior, los jesuitas, franciscanos y dominicos procedían de un ámbito cultural, político, religioso y económico en creciente expansión. Persuadidos los misioneros de que su objetivo era rescatar de las manos del demonio a los indígenas, no vacilaron en imponerles cuantos cambios consideraron necesarios para hacer de ellos nuevos cristianos y vasallos del rey de España.



Respecto de los cucapás de la cuenca baja del Colorado, cabe afirmar que su situación fue bastante diferente. Consta que tecnológicamente estaban más desarrollados. Probablemente desde el siglo VIII d.C., conocían ya la agricultura. Igualmente producían cerámica. Aunque seguían practicando la recolección, la caza y la pesca, los frutos que obtenían de sus cultivos constituían elemento importante en su dieta. Debemos a William H. Kelly, una valiosa aportación que intituló *Cocopa Ethnography*



Indios cucapás con los cuerpos pintados. Fotografía de principios del siglo. Tomado de *Primeros pobladores de la Baja California*, de Anita Álvarez de Williams.

(Etnografía cucapá), publicada por la Universidad de Arizona en 1977. En ella, además de ofrecer los resultados de la investigación que llevó a cabo entre los modernos cucapás, de 1940 a 1952, proporciona una visión de conjunto de sus antecedentes a la luz de la arqueología y de varios testimonios etnohistóricos. También la ya citada Anita A. de Williams ha elaborado dos trabajos que deben mencionarse aquí: el primero *Travelers Among the Cucapa* constituye un examen de las varias noticias que, desde 1540 hasta los tiempos contemporáneos, dejaron diversos exploradores en relación con este grupo. Reúne así los testimonios del capitán Hernando de Alarcón que, enviado por el virrey Mendoza en 1540, penetró por las bocas del Colorado; igualmente el de Melchor Díaz que ya hemos citado y, entre otros, los de Juan de Oñate, Eusebio Kino, Francisco Garcés, R. W. H. Hardy y otros varios. La segunda de sus aportaciones es un estudio etnohistórico en el que analiza fuentes y toma asimismo en cuenta su propia experiencia en los varios contactos que ha tenido con los cucapás modernos: *The Cocopah People*.<sup>32</sup> De estos trabajos y de otros se desprende que los cucapás constituyen un grupo que, además de haberse adaptado en forma extraordinaria a su medio ambiente, ha sabido asimilar de otras culturas lo que ha considerado conveniente pero manteniendo su propia identidad.

La que podríamos llamar historia moderna y contemporánea de los ya no muy numerosos indígenas del norte de Baja California, incluye episodios que merecen ser recordados. Por una parte existen testimonios del periodo dominico que hablan de varios levantamientos encabezados por jefes nativos que se resistieron a ver mutilada y destruida su cultura. Un ejemplo de esto lo ofrece la figura del capitán Jatñil, de ascendencia *kwatl* (de lengua diegueña del sur) que, habiendo colaborado por algún tiempo con el misionero de Guadalupe, al final dio salida a los sentimientos de su propio pueblo. Expresó así su oposición a lo que consideraba esclavitud y aceptación forzada del bautismo y se levantó en contra de los dominicos. Ello ocurrió ya en la época independiente de México, en febrero de 1840. Puede recordarse asimismo la resistencia de los kiliwas a la acción misionera. En época más reciente, es decir, durante el periodo de la revolución de 1910, miembros de rancherías paipais, kiliwas y tipais se vieron envueltos en las luchas que tuvieron lugar en el norte de Baja California. Existe un estudio debido a Roger C. Owen, "Indians and the Revolution: 1911 Revolution of Baja California",<sup>33</sup> que habla de algunos paipais y kiliwas que combatieron al lado de los floresmagonistas.

<sup>32</sup> Anita Álvarez de Williams, *The Cocopah People*, Indian Tribal Series, Phoenix, Arizona, 1977.

<sup>33</sup> Roger C. Owen, "Indians and the Revolution: 1911 Revolution of Baja California", *Ethnohistory*, 1963, vol. X, núm. 4, pp. 373-395.

## EN LA ACTUALIDAD

La población indígena que actualmente vive en la península californiana es de sólo unos cuantos centenares de personas. Extinguidos todos los grupos que por milenios vivieron desde el extremo sur hasta aproximadamente el paralelo 30° de latitud norte, tan sólo cabe encontrar a algunos descendientes de las etnias más norteañas. Aunque en su mayoría han aceptado éstos muchos elementos de la cultura mestiza mexicana, preservan su identidad y, con ella, sus antiguas lenguas. Si bien continúan siendo objeto de atención sus costumbres, formas de vida e idiomas, y aunque



Mujer kiliwa, 1926. Tomado de Anita Álvarez de Williams, *Primeros pobladores de la Baja California*.



Anciana kiliwa limpiando bellotas. Tomado de Anita Álvarez de Williams, *op. cit.*

existen algunas entidades gubernamentales que deben prestarles diversas formas de asistencia, en realidad estos descendientes de los más antiguos bajacalifornianos, no reciben beneficios muy significativos de sus inevitables contactos con el mundo exterior a ellos. Aferrados muchas veces a sus tradiciones, para comprender las realidades con las que les ha tocado vivir, preservan antiguos relatos testimonio de su ancestral sabiduría.

En la geografía norteña de la península encontramos a cerca de cuarenta kiliwas que viven en Arroyo de León, al sur del valle de la Trinidad y en algunos ranchos cercanos. En el mismo valle, en San Isidoro, hay otros tantos paipais y kiliwas. De los tipais perduran en La Huerta de los Indios aproximadamente noventa personas. También en varios lugares de las estribaciones occidentales de la sierra Juárez la palabra indígena continúa escuchándose. Ello ocurre en el ámbito cercano a la antigua misión de Santa Catalina y también al norte en varios ranchos de la sierra Juárez. Se trata de paipais y de algunos tipais. Asimismo pueden mencionarse los sitios de San José de la Zorra, Nejí y Los Coches, en los que a veces conviven tipais, kiliwas y paipais. Por lo que toca a los cucapás muchos se han trasladado a San Luis Río Colorado en Sonora. Algunos permanecen en la tierra de su padres, cerca de El Mayor, Baja California.

Una prueba de que perdura la conciencia del propio pasado la tenemos en relatos que en su propia lengua repiten indígenas, como éstos de los paipais. Son la profecía de un sabio y la recordación del diálogo que

otro anciano sostuvo hace muchos años con un fraile. Doy la traducción, debida al lingüista Mauricio Mixco, de estos textos transmitidos originalmente en paipai:

Había un sabio. —Bueno —dijo— si seguimos así, los españoles se van a meter a esta tierra. De repente se van a meter a esta tierra.

No vio ni oyó, dicen, pero el sabio estuvo diciendo: —Digo que van a ver eso[...]

Así fue, vinieron los ensombrerados, los calzados de cuero, andando. Los de aquí tuvieron miedo, arrancaron para acá, para allá.

Así había dicho: los extranjeros se metieron, se asentaron, llenaron esta tierra.

Los de aquí huyeron: quédense, no huyan[...]



Mujer paipai aireando semilla. Tomado de Anita Álvarez de Williams, *op. cit.*

Y éste es el diálogo del otro sabio con el fraile:

Cuando supo el fraile que había otro sabio, le dijo:

—Ven para platicar, quiero platicar contigo.

—Está bien —dijo el sabio—.

Dicho y hecho, un día vino, iba cerca de la casa, de la misión, cuando lo divisó el fraile. Y salió a su encuentro. Allá se encontraron. Allí mismo se sentaron a platicar. El viejo sabio sacó el tabaco que estaba en un cuero de ardilla. Se puso a fumar, platicaron buen rato.

Cuando el sol iba a medio cielo. —Bueno, —dijo el fraile— yo acostumbro a comer algo a estas horas. No hay más, pasemos a comer algo.

—No (dijo el viejo sabio) cuando yo me pongo a platicar no como ni pruebo agua, yo soy así. Cuando estoy platicando, hasta que termino, entonces sí.

Siguieron platicando. Cuando acabaron, Ay —dijo el fraile— ahora sí, ya acabamos. No hay más, pasa a mi casa.

—No (contestó el viejo sabio) mi costumbre es otra. Dio la vuelta y se marchó[...]<sup>34</sup>

“Ser así”, mantener “mi costumbre” —como lo dijo el sabio paipai—, es ser consciente de la propia identidad. Al antropólogo Jesús Ángel Ochoa Zazueta se debe la preparación de manuales, bastante asequibles, publicados por la Universidad Autónoma de Baja California, para facilitar la escritura en lenguas cucupá, paipai, k'miai y kiliwa. Ojalá que, en posesión ya del instrumento de la escritura, los descendientes de los más antiguos bajacalifornianos prosigan haciendo rescate de sus propias tradiciones, su visión del mundo, su historia y su sabiduría. Como lo hemos visto en este breve acercamiento a su pasado varias veces milenario, la presencia indígena en el ámbito de la California mexicana es riqueza de inapreciable valor humano y cultural. En sus raíces nativas —con un arte extraordinario, como el de las grandes pinturas y los petroglifos— está el comienzo de esta historia, la de ambos estados bajacalifornianos. En el norte, donde más que en otro lugar, han convergido gentes de México y muchos otros países, aún puede escucharse el mensaje del hombre indígena.

<sup>34</sup> Mauricio Mixco J., “Documentos en paipai (yumano) con comentario: Textos para la etnohistoria en la frontera dominica de Baja California”, *Tlalocan*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1977, vol. VII, pp. 205-226.

